

Las formas como se lee la educación

Un reencuentro con el relato Arhuaco



La forma como se lee la educación. Un reencuentro con el relato Arhuaco

Trabajo de grado para optar el título de licenciatura en Educación Comunitaria con énfasis en Derechos Humanos

Estudiante:

Aty Duzay Niño Niño

Tutor:

Fernando González Santos

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Psicopedagogía

Licenciatura en Educación Comunitaria

Bogotá D.C

Mayo 2024

AGRADECIMIENTOS:

Dedicatoria

A mi madre Adela María Niño, y mis hermanos que de una u otras maneras han hecho lo posible que mi proyecto fuera realidad. a mi Padre Luis Ángel Niño Márquez y mi Abuelo José Camilo Niño Suarez que partieron del mundo terrenal, pero espiritualmente me Motivo seguir y no rendirme en mis estudios por más difícil y donde creí que no lo podría lograr, a mi compañero sentimental Jonatan Londoño por motivarme a seguir y no decaer.

Agradecida:

Las personas mayores de la sierra al Tío Alfredo Niño Suarez, a la señora María Mendoza Mejía torres que tomaron su tiempo para compartirme sus saberes propios, y mamus guaidores espirituales y al señor Luis Reyna por compartir sus experiencias de su educación y vivencias occidental. al profesor Y tutor de tesis Fernando González Santos por su indicarme muy pacientemente en el trabajo de tesis, sentí que esos conocimientos en enriquecieron mis formas de escribir el relato.

Tabla de contenido

1. Introducción	6
2. PRIMER CAPÍTULO: manera de prólogo	
¿Cómo entender la educación a partir de la narración?	9
2.1 Entre narrativa e historia escolar	11
2.2 Lo biográfico dentro del relato colectivo.....	13
3. CAPITULO II:LA FORMA COMO SE LEE LA EDUCACION	
Como se lee el mundo	15
3.1 Quería saber que había allá dentro	18
3.2 Hoy es lo mejor de mis días.....	21
3.3 La curiosidad de saber.....	24
3.4 Las emociones por aprender la historia.....	28
3.5 Siento un fresco aire de alegría	33
4. CAPITULO III: EL IMPACTO QUE GENERA SER EDUCADO	
Tengo ciertas dudas.....	34
4.1 Contraste de culturas.....	37
4.2 Recuerdos.....	41
4.3 Nostalgias	44
5. CAPITULO IV: ASI VEO LAS PERSISTENCIAS	
Sensible de aprender.....	45
5.1 Ganas de volar	48
5.2 Las apreciaciones que me hizo reflexionar	51
5.3 Rayo del sol	53
6. Capítulo V Epílogo: La inquietud pedagógica.....	55
6.1 El sentido educativo de la investigación	56
6.2 Las resistencias	57

6.3 Relato y tradición	59
7. Bibliografía	64

Introducción

El presente trabajo se inscribe en la modalidad de narrativa y es antecedido por varias experiencias educativas que tenido en el territorio sobre el lenguaje de la educación propia. En este caso, gracias a un conjunto de voces de personas significativas en el ámbito social y cultural del pueblo Arhuaco, nos adentraremos en un universo complejo que no deja de estar atravesado por la influencia colonial en Nabusimake. Esto último, como se verá en el análisis adelantado y en los mismos relatos, corresponde a una época en la que las autoridades políticas y los grupos religiosos consideraban que separar a los niños de sus padres era la mejor manera de “civilizar” y “evangelizar” a los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Es así como, un grupo de misioneros capuchinos españoles construyó en 1917 un “Orfelinato” para niños Arhuacos en San Sebastián de Rábago (hoy Nabusimake), con el apoyo financiero y logístico del gobierno colombiano.

En dicho contexto, considerar la práctica pedagógica me ha implicado indagar en el conocimiento más ancestral que existe en esta región, dado por los mayores de Nabusimake. Los momentos más importantes de mi vida han estado definidos por los encuentros comunitarios, a manera de un diálogo de saberes, no desde una visión previa de enseñanza, sino a partir de la pregunta *¿cómo se lee la educación en el mundo indígena?* Lo que implicó adentrarme en la vida diaria de los paisanos Arhuacos. Debo decir que mi comunidad es mi familia, por ello, el primer encuentro con mi abuelo José Camilo Niño Suárez, dio inicio a mi camino investigativo, sin aún entender que lo era.

La práctica pedagógica que realicé para elaborar este texto comienza en el año 2011. Así, con la ayuda de varios jóvenes, de los mamus, y en especial del abuelo José Camilo, realizamos un recorrido por la sierra, en un intento de reconocer el lugar en que habitamos, su geografía y vida natural, mediante una cartografía manual que terminó en un mapa con el Instituto Agustín Codazzi, señalando los JPS del territorio ancestral Nabusimake, sus límites y lugares sagrados.

Ese largo caminar permitió que en el año 2013 me vinculara a la Organización Indígenas de Mujeres Tejedoras de Nabusimake (Aty Kinchuwa), en calidad de secretaria. A la vez, fui moderadora de los diferentes encuentro internos que llevaron a cabo las mayores de la sierra. En esa organización se trabajaba con niños, jóvenes y adultos para la recuperación de la educación propia, la recuperación de la

historia y la oralidad de la cultura Arhuaca de Nabusimake. A lo largo de los diferentes eventos, fui recogiendo materiales enriquecedores para seguir aprendiendo como joven y habitante de la zona, siempre con la expectativa de participar en los eventos centrales de los mayores. No puedo negar que se presentan en el camino desilusiones y fracasos, porque la percepción desde el ser joven suponía, en aquel momento, no hablar ni comentar nada, por el temor a la reserva de la información sobre el pasado que se advertía desde el mismo hogar. En consecuencia, el respeto y el misterio iban acrecentando la ansiedad de conocer más sobre el Kunsamu sagrado.

En el año 2016 tengo la tercera experiencia significativa, que podía catalogar como eminentemente pedagógica, gracias a las recomendaciones que me dieron quienes habían estado a mi lado en los procesos comunitarios anteriores. Tal dinámica fue clave para sacar mi potencial como educadora, pues me dieron la oportunidad de elaborar una serie de cartillas referidas a las costumbres de la cultura Arhuaca, como base fundamental de la educación propia. Recuerdo que el pago de esos materiales se hacía con trueques, es decir, con los conocimientos de los mayores, lo cual se extendió hasta el año 2017.

Tomé distancia del territorio por la necesidad de formarme a nivel académico. Busqué la manera de inscribirme a un programa universitario y de este modo ingresé al programa de Educación Comunitaria de la Universidad Pedagógica Nacional. Traté de familiarizarme con conceptos relativos a la educación popular y a los derechos humanos, pero uno de los aspectos fundamentales fueron las prácticas, especialmente en la línea de Arte, Comunicación y Cultura y el Planetario Distrital; entablando, de ese modo, un contraste entre la cultura propia y la cultura occidental (Bunachi), lo cual se nota claramente en el trabajo.

Efectivamente, en el presente texto recojo algunas voces individuales y las surgidas en los espacios de conversación sagrada; asumidas desde una perspectiva comparativa, lo que ayuda a desentrañar el modo como se lee la educación en diferentes ambientes; por un lado, en mi territorio, con los testimonios de Alfredo Niño, María Mendoza Niño y los mamus de la sierra, todos vecinos y habitantes de la región. Siempre en un contraste entre lo colonial y lo ancestral. Pero, por otro lado, el testimonio de Luis Reina, educador del Planetario de Bogotá en los temas indígenas. Me pareció necesario dicho paralelo, pues evidencia mucho lo que he sentido en ese tránsito continuo entre la sierra y la ciudad; en tanto que a la sierra llegó el mundo occidental a principios del siglo pasado con la instrucción capuchina, pero se mantuvo parte de la esencia cultural; mientras que aquí, alguien como el profesor Reina, se forma en una institución escolar y religiosa occidental, pero en algún momento entró en conexión profunda con lo ancestral. Todo lo cual

permite el acercamiento a la pregunta de esta indagación: *¿Cómo se lee la educación?*

Si bien, retomé el archivo de las experiencias antes señaladas, me pareció fundamental comenzar un nuevo itinerario, como si fuera la primera vez que recorría mi propio territorio y la propia ciudad, ya que habían pasado muchos años y, fuera de mis nuevas nociones sobre la vida y la educación, estaba más que convencida de que la narrativa era la forma como se podía gestar un nuevo saber.

En ese sentido, el binomio pedagogía y narración constituyen el enfoque de la investigación que aquí comparto. En el primer capítulo, a manera de prólogo, presento a las personas que aportaron con sus testimonios, indicando la relación entre la memoria, el territorio y la vida. Allí también doy cuenta de la metodología que nos permite el acercamiento directo a la narración, indicando los énfasis que considero más importantes en términos de la cosmovisión indígena, la problemática cultural y la subjetividad. El segundo capítulo, titulado *La forma como se lee el mundo*, da inicio a la obra literaria, guiada por la vivencia obtenida en un acto sagrado de los amos. El tercer capítulo, *El impacto que genera ser educado*, mantiene la continuidad literaria, pero aborda una dimensión más educativa en esa compleja relación entre aprendizaje y la enseñanza. El cuarto capítulo, *así veo las persistencias*, toma en consideración el sentido de las prácticas de resistencia. Finalmente, doy cierre al trabajo con un epílogo que contiene un análisis de corte interpretativo, destacando lo que los relatos nos ofrecen en la construcción colectiva de conocimiento y la identidad cultural.

PRIMER CAPÍTULO

a manera de prólogo

¿Cómo entender la educación a partir de la narración?

Antes de que la educación fuera convertida en un campo de instrucción, su esencia mantenía una formación constructiva, gracias a su constante conexión con la naturaleza. En el transcurrir de los tiempos y con la entrada de las misiones Capuchinas, llegaron cambios bruscos al territorio Arhuacos y, puede decirse, violentos, casi que, de una forma disimulada, ya que sus discursos se centraban en una idea de “bien”, bajo el supuesto de: dejar atrás el “salvajismo” y entrar en la era de la “civilización”. Para la iglesia eso significaba aprender a ser ciudadano.

Uno de los medios que orientó el proceso evangelizador fue la lengua, no solo en su parte gramatical, sino en lo que llamaríamos el significado y el sentido del mundo. Es en este contexto, en el que el presente trabajo se sitúa, puesto que su pretensión es reconstruir narrativamente parte de los saberes ancestrales que han sido opacados por las versiones escolares y oficiales de la historia. Hago referencias al libro de Jerome Bruner (*La fábrica de historias – Derecho -Literatura, Vida*), ya que este, desde la perspectiva de la interpretación, señala la importancia de los usos de los relatos como mediación constante de la vida humana. El relato no es solo forma, como dice Bruner, sino construcción de sentido, sentido del origen, de la memoria y de la vida (Bruner, 2003, 15).

Tomamos, en este caso, los testimonios de mi tío Alfredo Niño Suarez, la señora Mendoza Niño Torres y Luis Reyna y de manera especial la voz de los mamus en su espacio ritual de educación, al que pude ingresar, como verán en el relato, luego de muchos intentos. Otras voces que rodearon esta investigación irán apareciendo a medida que, en la misma narración, voy dando cuenta de mi experiencia durante el trabajo de campo. Con respecto a los testimonios del tío Alfredo y la señora Mendoza puede decirse que estos toman relevancia al dar cuenta de la forma como lo que llamamos *cultura propia* se entrecruza con la incursión religiosa en el territorio. Por su parte, la experiencia de Luis Reina, y dada mi condición de indígena en la ciudad, me llevó a indagar en personas que como él tienen una educación occidental, diríamos, y luego, en algún momento de su biografía, entablan un vínculo con la naturaleza y el saber ancestral. Todo ello, con el fin de profundizar en lo que significa un proceso educativo cuya dinámica está marcada

por una tensión frente a la apropiación de los valores y las formas de aprendizaje en el mundo que habitamos.

Al pararnos en esa tensión entre la instrucción evangelizadora y la educación propia, asumiríamos que esta última no se perdió pese al intento de la primera de vedarla y desterrarla. Y esto, tal como lo indica Bruner, porque “de hecho, seguimos aferrados a esos modelos de realidad narrativos y los usamos para dar forma a nuestras experiencias cotidianas” (Bruner, 2003, 17).

Desde nuestra concepción indígena, antes que naciera el primer ser humano en el mundo físico, y eso es una creencia que aún predomina, existía un *hiten* en la vida arhuaca. Las Misiones Capuchinas trataban de desdibujar esa tradición oral de la educación y la cultura, y manejaban el uso de los hechos históricos con la versión de que alguien externo inventaba la realidad o el universo, junto con su verdad, en pro y en beneficio de la institución eclesial, y ante todo, de su concepción espiritual, que es donde radica la problemática mayor. Quizá el tema no es solo un asunto de nombres, de definiciones, de meras representaciones, sino de implicaciones; si se quiere, más allá de lo tangible. La reflexión de Mircea Eliade al respecto, es de gran importancia:

“El occidental moderno experimenta cierto malestar ante ciertas formas de manifestación de lo sagrado: le cuesta trabajo aceptar que, para determinados seres humanos, lo sagrado pueda manifestarse en las piedras o en los árboles. Pues, como se verá en seguida, no se trata de la veneración de una piedra o de un árbol por sí mismos. La piedra sagrada, el árbol sagrado no son adorados en cuanto tales; lo son precisamente por el hecho de ser hierofanías, por el hecho de «mostrar» algo que ya no es ni piedra ni árbol, sino lo sagrado” (Eliade, 2014, 7).

Puede precisarse con el mismo Eliade, que ese árbol, esa piedra, ese río, son tan sagrados en su mundo circundante, y por lo mismo, son conexiones con lo cósmico, con lo que existe más allá de lo que vemos o escuchamos.

Durante años, al escuchar a los mayores de la sierra, desde las diferentes situaciones que tuvieron que pasar en sus infancias, sentía esa necesidad de indagar en sus experiencias de vida, en sus historias orales, ya como jóvenes, adultos y ancianos. Como si existiera una historia más allá de la que se trasmitía en los internados. Sin embargo, en esas trayectorias, solo las personas mayores de la sierra contaban algunas que otras cosas, porque ellas mismas no le veían un interés; como dice Bruner, se perdía aquella dimensión que hace de una historia algo que trasciende un simple relato.

En esa búsqueda de historias y escuchando muy atentamente a las personas que tuvieron la posibilidad de estar en la Misión Capuchina, lo primero que

salta a la vista es una sensación de sufrimiento, sobre todo, por la discriminación, comenzando porque les prohibían tener ciertas prácticas dentro de los internados, consideradas por las religiosas como blasfemias. La obediencia y el cumplimiento de las órdenes determinaron la niñez de gran parte de indígenas, marcando así una ruptura con las tradiciones propias.

Esto, no ha dejado de ser discutido por la comunidad a lo largo del tiempo, ya que se dio el caso de que dentro del territorio era prohibido hablar de las prácticas tradicionales. De hecho, cuando estaba adelantando la presente investigación, en las diferentes conversaciones con los mayores, ellos plantearon esta situación como algo que acompañó momentos traumáticos de orden mental muy concretos en su proceso educativo. De manera, que la educación religiosa, más que unos contenidos o unas normas, incidió directamente en las relaciones comunicativas. Lo que se ha tratado, precisamente, de hacer en esta investigación es retomar nuestra experiencia cultural desde la narrativa, en oposición a la historia que la escolarización promulgó dentro de sus claustros. Bruner lo dirá de la siguiente manera: “Los significados narrativos llegan a imponerse por sobre los referentes de historias presumiblemente verdaderas” (Bruner, 2003,19).

Entre narrativa e historia escolar

Dicen los entrevistados que la educación religiosa al principio la veían como algo nuevo para ellos y, al pasar los meses, estando en las Misiones como alumnos o asistentes, experimentaban la gran ruptura frente a su vida diaria en lo ético, lo cultural y lo moral, en el lenguaje para comunicarse con los otros paisanos, en la propia cultura; sencillamente, porque no les eran permitidos hacer uso de sus expresiones naturales. Retomando las diferentes situaciones a las que se refería, una de las entrevistadas, la señora Mendoza, en esos diálogos, y verla muy abierta al compartir sus experiencias de vida, ella mencionaba que su educación fue interrumpida por su abuela, porque quizás su abuela sí veía que resultaba un peligro el que su nieta tuviera otro tipo de educación y fuera olvidando el “Kunsanu” o las herencias de los ancestros.

Pero como dice la señora Mendoza, las generaciones cambian, y no todos tienen esa conciencia, lamentablemente muchos dejaron de asumir la educación como un paradigma de sentidos opuestos. Todo ello, me hace pensar que aquella armonía que había al principio de los tiempos con la educación, donde todo era una absoluta unidad y la paz fluía con la naturaleza, está tan presente como ausente. Y allí ubico nuestro papel como docentes, pues se trata de ir diferenciando

entre narrativa e historia escolar, para preguntarnos por la lucha de sentidos y de significados en la construcción de nuestra identidad.

De esta manera, al escuchar las otras voces, como la del tío Alfredo, también se produce un cuestionamiento interno, tal cual como lo expresaba él con la educación que recibió. De algún modo, consideraba la educación eclesial como algo que de cierta manera podría beneficiar a la comunidad, claro, al darle una “buena” utilidad, según él. Sin embargo, algunas personas lo señalaban como un religioso por estar muy cerca de los curas y estar en sus diferentes servicios. De acuerdo con su relato, el tío Alfredo categóricamente defendía la cultura, aunque el resto de la comunidad Arhuaca dijera lo contrario. Mi percepción es que, en todo caso, la educación logró transformarlo, algo que se generó desde su infancia.

Vale la pena retomar aquí a Mircea Eliade, pues perfectamente podríamos inscribir este asunto como una fricción entre lo sagrado y lo profano. Como si al entrar en vigor la educación religiosa, lo sagrado indígena se convirtiera en lo profano. Atrás se hacía alusión a la concepción del origen en la cultura propia. Y esto no es un tema menor, porque para la visión religiosa occidental esto supone que lo profano asume el caos como principio del mundo. O, lo profano como explicación caótica del origen de los tiempos. Pero si aquí hiciéramos lo contrario, y tomáramos lo profano como la institución religiosa, veríamos que esta necesita fijar como un espejo “humanidad” y “divinidad” para ocupar el lugar de lo sagrado. Anota Eliade:

“Por esta razón el hombre religioso se ha esforzado por establecerse en el «Centro del Mundo». Para vivir en el Mundo hay que fundarlo, y ningún mundo puede nacer en el «caos» de la homogeneidad y de la relatividad del espacio profano” (Eliade, 2014, 12).

Este solo hecho ya provoca una profunda crisis de identidad al interior del mismo territorio y espacio netamente tradicional, puesto que es desde nuestra lectura del origen que construimos nuestra razón de ser en el mundo. La formación religiosa trata de fundar un mundo a imagen y semejanza de su tiempo y de su espacio, buscará asumir la vida espiritual mediante una versión *humanizante* y, en consecuencia, promoverá unos ritos, unos mitos y unas líneas de comportamiento determinados, tanto en la acción como en la adoración. Hará de esto un centro que se cierra sobre sí mismo. En últimas, una identidad. Es tal la consecuencia de esta ruptura de identidad, que podríamos afirmar con Eliade que lo que se intenta arrasar es el Mundo mismo de lo sagrado indígena al convertirlo en lo profano, por cuanto mundo y origen en la cultura propia forman una sola entidad espiritual. Nos puntualiza Eliade:

“A decir verdad, ya no hay «Mundo», sino tan sólo fragmentos de un universo roto, la masa amorfa de una infinidad de «lugares» más o menos

neutros en los que se mueve el hombre bajo el imperio de las obligaciones de toda existencia integrada en una sociedad industrial" (Eliade, 2014, 15).

También podríamos referirnos al tema de la memoria, que, considerada a partir del relato, nos sugiere con Jelin su misma fragmentación. Como Jelin en su libro *Los trabajos de la memoria*: "Abordar la memoria involucra referirse a recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones. Y hay también huecos y fracturas "(Jelin. 2002 p. 17).

En efecto, la memoria no solo se trata de recordar hechos y situaciones del pasado, sino también de comprender cómo se construyen las narrativas y las emociones que nos rodean a lo largo del tiempo y en su proceso de transformación. En este sentido, la memoria, narrativamente hablando, se convierte en un territorio complejo que se conecta con múltiples dimensiones de la vida y nos invita a reflexionar sobre nuestra relación con el pasado, el presente y el futuro.

Lo biográfico dentro del relato colectivo

Pero, aun así, el tío Alfredo tenía muy vigente la identidad cultural, solo que, por decirlo de alguna manera, psicológicamente lo podría llegar a vivir como una contradicción interna. Aquí nos adentramos en esa tercera dimensión que es poco abordada en los estudios indígenas y es lo individual, en correlación con su versión narrativa de tipo autobiográfico. No sabremos si de haberse impedido la llegada de las Misiones Capuchinas, nos estaríamos planteando este tema en concreto, el de lo biográfico; lo cierto es que ahora se vuelve necesario. Leído desde Bruner:

(...) la autobiografía concebida no simplemente como la descripción de la vida "representativa" de una era, si no como expresión de la condición humana en determinadas circunstancias históricas. (2003, p.14)

Desde ese planteamiento vale la pena subrayar que una narración no establece una mirada absolutamente objetiva, por decirlo así, de aquello a lo que se quiere referir quien cuenta o recuerda algo, sino que implica puntos de vista, percepciones que solo se inscriben en ese tiempo y momento de la experiencia. Pero, además, aquella persona que recuerda o que hace memoria forma parte de su tiempo, de los modos como en su época se piensa o se lee el mundo. De ahí que, para Halbwachs, la memoria siempre es colectiva, contrario, nos indica Jelin, a muchos otros intentos como el psicoanálisis que insisten en una memoria individual y subjetiva.

Es decir, que en el relato individual también están presentes patrones que inciden en las personas, particularmente con las que tuve la oportunidad de conversar, y que manifestaron sus diferentes historias de vida sobre cómo fueron educados desde sus convivencias dentro de la institución, pero al mismo tiempo, con la naturaleza. Todas ellas, plantean que la experiencia educativa las dejó enmarcadas y que, inclusive, les hizo brotar sus sentimientos al contar sus vidas, representando así sus biografías como un relato digno de ser contado, por el hecho de dar cuenta de los modos de vida que tuvieron. Pero ¿y qué es una biografía, si no un relato cargado de emociones y de acciones esenciales que nos ocurren?

Durante esas jornadas de escucha, de los largos recorridos de un sitio a otro, la gran pregunta que se me suscitaba, era cómo asumir todo esto a nivel educativo. Aquí, entonces, se genera una reflexión particular, pues quizá hoy día no solo se puede hablar desde la defensa o el cuidado de la educación propia en términos colectivos, sino también individuales, que se entrecruzan en una misma práctica cultural. Y, desde el análisis que venimos haciendo, no simplemente como un relato mitológico ancestral sino como una narración biográfica subjetiva, que se nutre y se afecta, al mismo tiempo, por aquella fractura cultural que trajo la iglesia a nuestro territorio. Como lo indica Bruner al hacer referencia al tiempo de la narración:

“El tiempo narrativo, como ha señalado Ricoeur, es «tiempo humanamente relevante» cuya importancia viene dada por los significados asignados a los acontecimientos, ya sea por los protagonistas de la narración o por el narrador al contarla, o por ambos. (Bruner citando a Ricoeur, pag.240).

El origen, para el caso de la cultura indígena, se vuelve algo a comprender más a fondo, sobre todo cuando lo pensamos en términos educativos. Aquí, en estricto sentido, surge un camino tan elemental como profundo y es el hecho de escuchar las historias de nuestra cultura arhuaca sobre la creación del mundo y su educación como campo de armonía con sus principios. La mejor manera es, precisamente, esta, la de escuchar. Y es en el relato donde podemos sentir, en verdad, cómo la naturaleza fue la maestra y la madre a la vez. Para poder, también considerar, críticamente, cómo a lo largo de los siglos fue la entrada de las Misiones Capuchinas, diferenciando sus procedencias y entendiendo las mutuas afectaciones con la cultura indígena. Lo que constituye simultáneamente una dimensión individual, cósmica y cultural.

En el mismo relato, casi que surgen la fórmula literaria de *¿qué pasaría sí?* Pero invertida: *¿Qué hubiera ocurrido? O ¿Cómo sería nuestra vida si esas Misiones Capuchinas no hubieran llegado cómo llegaron?* Esta pregunta ya de por sí puede volverse pedagógica, por cuanto nos conduce a una gran inquietud por lo que somos o hubiéramos sido. Lo que consideramos lo foráneo, lo colonial, lo

extraño, siempre será un dilema para la cultura propia. Precisamente, esas eran las preguntas de la señora Mendoza, y toman mucha importancia aquí, ya que son parte del relato, del relato de los Arhuacos.

CAPITULO II

LA FORMA COMO SE LEE LA EDUCACION

Como se lee el mundo

En la creación del mundo indígena Arhuaco, el padre Kaku serankwa dio origen a las almas espirituales, las cuales fueron semejantes al viento, a las montañas, a los árboles, a los animales, a las plantas, y a la misma naturaleza. Cada giro que hacían en sus espacios era un gozo eterno y el amor con esa esencia tenía sus historias como el cántico de las aves multicolores. Las dulzuras de un alma volaban sin alfa y omega. Los años y los siglos fueron testigos de esta transformación que dio fuerza a una apropiación profunda en la educación, cuando todo era oscuro y el universo totalmente tizado. Los rayos del sol aún no estaban en su función, la luna se encontraba en gestación, las vivencias de las almas permanecían vivas, todo era contemplación; la formación de la familia era igual al mundo físico, sus trabajos, sus labores, las artesanías igual de poderosas, tenían una armonía absoluta.

Esas almas prodigiosas duraron millones de años en un permanente intercambio de saberes, podían andar sin ataduras a donde quisieran, sin que nadie las viera, sin que nadie las sintiera, sin que nadie escuchara sus voces, y de la misma forma, era la naturaleza en comunicación con las almas, una conexión única en la que no había lenguajes extraños que incomodaran sus espacios.

En el transcurso de esos tiempos el Kaku Serankwa se sentó a meditar, pero le apareció una hermosa dama llamada Seynekun, con una personalidad única. Su mirada y su cabello oscuro como la noche, hipnotizaban a su amado compañero cada vez que él tomaba su lugar para meditar. Esas almas seguían felices viviendo cada momento, les gustaba esa forma de convivir con el ambiente, todo era alegría y júbilo, y el amor se veía reflejado en todo lo que hacían en sus hogares. Los niños tomaban las enseñanzas de los mayores y cada vez esas almas eran más poderosas y sensibles.

En esa paz y absoluta conexión con sus hijos, Kaku Serankwa decidió desplazarse a otros espacios, aún más íntimos, para que su meditación fuera profunda y no pudiera distraerse viendo a su hermosa dama Seynekun. Kaku se refugió en una Kankurwa hecho por él, se sentó en uno de sus kankabu (bancos de respeto)

al estilo Buda, tuvo así uno de los sueños más pesados; obedeció a ese llamado de meditación profunda y empezó a tener visiones repetitivas que le insistían que tenía que cambiar la forma de sus creaciones y le decían que esas almas ya estaban maduras para dar el otro paso. Kaku despertó asustado, tomó su máscara de oro y la puso alrededor de la hoguera donde estaba meditando. El reflejo del oro resplandecía como la presentación de unas pantallas, que le mostraban el futuro de esas almas donde ellos podían experimentar otros estilos de vida y los grandes descubrimientos que podrían hallar. En el mundo físico, el Kaku se rascó la cabeza con preocupación y se dijo así mismo:

“No puedo brindarle por el momento un ambiente físico a mis creaciones, por el momento no, porque de ese modo se llenarían de muchas curiosidades y se olvidarían de mí como su creador”.

Él se reservó esas visiones y decidió no contarle a su enamorada Seynekun. Los mayores de la sierra por naturaleza tienen muy presente las historias de la creación del mundo y del universo, antes de la aparición del primer ser humano en el mundo físico. El Kaku Serankwa es la guía de la sabiduría ancestral, la descripción del principio de la humanidad fue la oscuridad como testigo de todo lo que ahora se ve, lo que se palpa, lo que se puede oler, lo que se puede apreciar y educar, en ese descubrimiento tan simbólico el mamu ve las capacidades del niño o el adolescente desde muy pequeño y comprende que puede sobrellevar esa sabiduría, así que muy respetuosamente le pide a la madre que cuando comience a gatear se lo deje como hijo adoptivo para enseñarle cómo leer el mundo y cómo leer la naturaleza y seguir multiplicando más cuidadores, como un legado de la historia que no se pueden perder.

...Todo esto, el mamu mayor mencionaba sentado en uno de nuestros encuentros, alrededor de la hoguera, como atributo del Kaku Serankwa, cuando consultaba con su máscara de oro. Yo, como integrante del territorio, estaba con las ansias de saber y descubrir la magnitud de esa sabiduría. Entonces, le pedí a la señora Neybia, una mujer bastante mayor de edad, que me diera la posibilidad de entrar en aquella puerta de color marrón oscura, teñida por el humo intenso.

Ella suspiró y dijo: “Eres muy joven y se nota que eres bastante inquieta y seguro que vienes a observar sin respetar el lugar, y disculpa por decirte eso, pues, a veces, los jóvenes son muy oportunistas”.

Yo mirando al suelo le respondí, con una voz quebrantada y el corazón latiendo más de lo normal por los nervios que padecía mi alma: “Es que yo vine con la intención de escuchar y aprender como miembro de mi comunidad”.

La señora Neybia tocó mi cabello tostado por el sol y me agarró de ambas manos, yo temblaba del miedo. Ella sin decir nada me brindó una silla para que me

sentara. Neybia se sentó por cuatro minutos en absoluto silencio en una piel seca de ovejo y dijo: “Estas historias tal vez tú casi no las sabes, eres muy joven, ahora la sociedad está empeñada en saber otras cosas, menos de nuestra cultura Arhuaca de lo que nos identifica. ¿Tú sabes quién es Seynekun?”.

Con una voz un poco más serena respondí a su pregunta: “Sí, algo sé de ella, el abuelo me contaba las historias por las noches antes de dormir, sé que era la compañera sentimental de Kaku Serankwa”.

Neybia levantó la vista mirando al firmamento, meneó la cabeza cuidadosamente y dijo: “Un Kaku Serankwa decidió no contarle a su amada mujer las visiones que tuvo?”.

Yo internamente me sentía con el alma en una prisión de fuego ardiente y mis emociones caían a un abismo infernal, lo que no me permitió responderle, solo suspiré. Seguramente se me notaba el rostro pálido por la injusticia de no poder pasar por aquella puerta marrón.

La señora Neybia muy apropiada en su espacio dijo: “Bueno, atrás de esa puerta está todo lo que tú quieres saber, te veo muy silenciosa, muy tímida, solo te escuché responder una pregunta, te veo muy ansiosa y con ganas de meterte a la fuerza a ese lugar, donde solo es permitido para los mamos mayores reconocidos. Dime: “¿Tú allá qué vas hacer o qué estás buscando?”.

En ese instante llegó Alfredo, una de las personas mayores, con una sonrisa contagiosa saludó a Neybia y dijo: “Buenas tardes comadre. ¡Qué emoción verte de nuevo, luego de tantos años! Estás más vieja y hermosa”.

Ella respondió con un abrazo: “Mi compadre también me alegra verte. ¿Qué te traer por acá?”.

Alfredo respondió con una voz de emoción: “Vine porque me invitaron a los encuentros de mamos, yo no soy mamu, pero si me llamaron debe ser por algo, ¿no crees comadre?”.

Neybia, muy sorprendida por su llamado, dijo: “Claro que sí, debe ser por algo que tú estás por esto lares”.

Alfredo recordó la sonrisa de su comadre, ella era una muchacha que acompañó su infancia y lo tenía locamente enamorado; por cuestión de la vida esa joven se fue con otro. En su momento, él suspiro profundamente y continuó su rumbo.

Alfredo avanzó seis pasos, hizo un gesto de sorpresa y rascándose su abundante melena, cubierta con su sombrero *volteado*, dijo: “¡Acá está mi sobrina Aty Duzay! Ya tengo compañía de la familia con quien entrar”. Me dio un tremendo abrazo y en ese momento sentí que había llegado la salvación, porque él sí podía aprobar mi entrada.

“Buenas tardes tío”, le dije. Mi rostro cambió de tono, se llenó de colorido y mis emociones salieron a flote de nuevo, como si el jardín apagado hubiera florecido. Neybia se estiró un poco, se dirigió a donde mi tío Alfredo y le preguntó que, si yo era su sobrina, porque no lo sabía. Después comentó: “Ya los jóvenes se crecen y cambian de horizonte rápidamente. ¿Su sobrina es la hija de su hermano Luis, el que murió hace un año?”.

“Así es comadre, y ahora me la llevaré a escuchar el encuentro de los mamus”, dijo Alfredo.

Yo sentía una emoción enorme, abracé sin cesar al tío y le dije: “Gracias, como que me le leíste la mente, hace rato estaba acá y su comadre no me dejó entrar”.

Neybia un poco más relajada dijo: “Pensé que era una joven necia, del común, que solo venía a molestar, pero ya me di cuenta que es tu sobrina. Lo único que te recomiendo es que no traigas nada de radios o grabadoras o cuadernos, porque está prohibido, solo se permite el oído bien puesto a las historias de la humanidad indígena”.

En ese momento sentí que la magia de los antepasados había vuelto, el tiempo se paralizó, estaba a punto de reencontrarme con la historia de la que venía pero que, en realidad, no conocía.

Quería saber que había allá dentro

Mi tío solo le hizo señas, como queriendo decir: “Luego nos vemos y seguimos”. Al llegar a la puerta marrón salió un guardián con los ojos aguados, parecía que no hubiera dormido, su cabello estaba cubierto con el Tutosoma, tenía un vestido tradicional que traspiraba un aroma a tierra mojada. Saludó al tío y a mi persona. El guardián dijo: “Entra con toda la confianza, estás en un lugar de mucha armonía, les cuento que casi no he dormido, mi presentación no es la adecuada, me siento mal, pero ahora vendrá otro guardián a reemplazarme, voy a dormir un rato y a quitarme esta suciedad que tengo encima”.

El tío, que ya se disponía a entrar al encuentro con los mayores, respondió: “Tranquilo, somos paisanos, eso pasa cuando trabajan mucho, anda tranquilo Sinamú”.

Entramos al lugar sagrado, todos los mamus estaban sentados en el suelo, sus mantas resplandecían como la nieve perpetua del nevado Pico Colón. El Tío sacó de su mochila un viejo talego y la extendió en el suelo, me susurró en voz baja que me sentara en ella, de modo silencioso, ambos nos sentamos, en cada esquina de la pared había una antorcha que iluminaba el espacio, uno de los mamus más viejitos al que le brillaba su cabello de abundantes canas, se levantó, su arrugado

cuerpo parecía poseído de historias de alegría y dolor, de larga trayectorias, de señales antiguas. El anciano tomó la palabra y se dirigió a los presentes diciendo:

“Estamos acá reunidos con el fin de retomar nuevamente estas historias y revivir los que somos por esencia. Recordemos las cosas básicas de la vida que no les han mostrado, lo que ocurrió durante la historia de la creación del mundo indígena Arhuaco, los ancestros mayores han contado que la formación humana y el sentido del ser han estado vigentes desde antes de la formación física de los seres vivos, como un enigma que ha marcado nuestra propia educación”.

En ese instante, todos esos conceptos que mi mente creía entender muy bien, comenzaron a desvanecerse, quedé impactada tratando de comprender esas palabras que decía aquel tierno anciano. Yo alcé la mano, pero vi que nadie puso cuidado, alcé la voz de manera atrevida, y mi tío Alfredo con pena me hizo señas que estuviera en silencio. De repente, sentí que alguien me lamía la cara, yo trataba de acomodarme; de nuevo sentí esa sensación en mi rostro.

Después de un tiempo desperté con pánico, ya la oscuridad me abrazaba sin medidas, estaba en la misma silla en la que me indicó la señora Neybia que me sentara, reaccioné en medio de la confusión, le pregunté al niño que estaba a mi lado qué hora era, y él solo me dijo: “Como que te quedaste dormida gwaty (mujer) y Neybia se fue hace tres horas, todavía la puerta donde ibas a entrar no lo han abierto, tenías un sueño bien pesado, ya son a las siete de la noche, ¿y hora que vas hacer?”.

Le hice un gesto de fastidio y me quedé pensando: “Como que todo lo que vi ahorita era un simple sueño, yo quería saber qué había allá adentro y mi tío al fin no llegó, no fui al encuentro de los mamus, me siento engañada por el sueño, pero bueno será coger camino”.

Me levanté, me estiré un poco y busqué el abrigo más cómodo en mi mochila, saqué el foco, la luz era bastante opaca. Salí de ese lugar de refugio, la tierra estaba húmeda, se notaba que había llovió mucho.

A mi regreso, reflexionaba que, aunque me hubiera quedado dormía, sabía algo más en ese viaje del tiempo, como si fuera más consiente que conocía de esas historias de los inicios de la humanidad indígena Arhuaca, pero solo anoté en mi agenda lo que más recordaba, lo que aquel anciano mamu dijo al inicio de la intervención. Me puse la gorra de lana en mi cabeza para cubrirme del frío, mi cuerpo estaba cansado. La luna me mostraba su mejor sonrisa desde el cielo y ese brillo de la noche me hizo recordar el nacimiento de una nueva vida en las historias que contaba mi abuelo sobre la creación del mundo, eso me guiaba mientras caminaba hacia la casa, los sonidos y el correr de los animales nocturnos eran mi compañía en esa soledad estrellada; sentía que la naturaleza me protegía, la brisa de

la noche jugada con mis cabellos, era una noche seductora. Vi una Luz intensa al otro lado del río y sentí miedo, pero proseguí mi camino. Traté de recordar las sabias palabras que había dicho el mamu en aquel viaje mientras dormía, y me dije a sí misma: “Esto tiene mucho sentido, me hace recordar a mi abuelo José Romero Niño, quien se sentaba alrededor del fuego como testigo de las sabidurías”.

La noche avanzaba, poco a poco las nubes cubrían el cielo de nuevo, sentí la primera gota de lluvia sobre mi cabeza, agilicé el paso, tenía la sensación que alguien veía atrás de mí, tomé más impulso, seguí caminado, mi ritmo cardiaco se aceleró, deseaba volar para llegar rápido a casa sin tanto esfuerzo, me detuve en seco y pensé: “Aty, cálmate, esto es pura sugestión tuya, piensa algo bonito ahora”. Seguí caminado, llegué a casa muy cansada, mi madre ya me tenía la comida lista, mis hermanos estaban descansando luego de un largo día de trabajo. Mi madre me miró a los ojos y me dijo: “¿Cuéntame hija cómo te fue hoy, pensé que iba llegar temprano, se dejó agarrar la noche?”.

Yo con una voz de cansancio le contesté: “Madre hoy me fue bien, fue una experiencia muy rara, en el día tuve un sueño”.

Con mucho detalle le conté todo lo había ocurrido cuando estaba con la señora Neybia, y ella respondió: “Neybia! ¿Pero, mujer tú qué hacías en ese lugar donde solo deben estar los mamus?”.

Yo le repliqué: “Madre, pero no entré a la reunión”.

Ella, un poco inquieta por mi ansiedad, respondió: “Bueno hija, cómete la comida y a dormir que ya es tarde, tienes que ir mañana a entrevistar a tu tío y de paso le cuentas esos sueños raros que tuviste ese día”.

Mi madre se fue a dormir, yo me quedé pensando por qué a mí me pasan esas cosas, qué me querrán decir, sentí que el sueño me abrazaba, y finalmente la cobija apagó mi memoria.

Al día siguiente, desperté muy temprano antes que el despertador del campo cantará, fui a la cocina, me preparé un delicioso café kiwi Arhuaco, y de paso dejé cocinando unas ahuyamas, ya siendo las cinco de la mañana desperté a mi hermano para que continuara con el guiso de pollo, tomé mi abrigo de lana, me lo puse y me colgué una vieja mochila en la que llevaba mi cuaderno de apuntes, la grabadora, el celular que no podía faltar para tomarle fotos a mi tío como evidencia. El día avanzaba. Me dirigí a la habitación de mi madre para saludarla y de paso para comentarle que ya estaba de salida. Mi madre dijo: “Bueno hija, que te vaya bien”.

Emprendí camino muy emocionada hacia donde el tío, los pájaros cantaban muy alegre, la naturaleza tenía un brillo especial. Yo me repetía: “Este será el mejor de mis días, aprenderé con el tío de sus historias de vida”.

El nuevo día se notaba muy armonioso, cada respiro en ese aire puro me hacía volar en la imaginación.

Hoy es lo mejor de mis días

Recorrí feliz una hora de caminata, llegué a la casa del tío Alfredo, saludé a mis primos y me brindaron un delicioso café con un toquecito de jengibre. Uno de ellos me dijo que esperara un poco, porque el tío aún descansaba acostado y, cómo estaba malito de salud, salía cuando el sol estaba un poco caliente. Mientras tanto, empecé a preparar mis materiales y las preguntas que le iba hacer durante la charla; los segundos y las milésimas corrían sin esperar, sentía una felicidad profunda, ya que hablar con el tío era como consultar una biblioteca andante.

En ese instante me acordé de mi abuelo José Romero y de sus sabios consejos, cuando decía: “Qué bonito debe ser, cuando la generación de hoy se cuestione qué es la educación en nuestra cultura Arhuaca y sería raro y también sería impresionante que alguien tenga la capacidad de preocuparse por el pueblo Arhuaco y se empoderen de lo que somos por esencia”.

En ese momento, mi cerebro despertó de esas sensaciones poderosas y pensé: “Sí, hoy es el mejor de mis días”. Salió el tío de su lugar de descanso, envuelto en una manta de tigre, ya que su salud no era muy favorable al ambiente del día, me levanté a saludarlo. Me hizo señales para que llevara dos sillas de madera que había hecho el Bisabuelo y las ubicara debajo de un frondoso árbol que estaba cargado de mango, mi tío siguió adelante. Al cabo de unos minutos llegué cansada con las sillas, pues eran muy pesadas, suspiré profundamente, le di un abrazo al tío y le dije: “Que alegría verlo y ya que tú tienes el conocimiento del pueblo, vine a entrevistarte”.

Él, muy feliz, respondió: “Bueno sobrina como eres tú yo te haré ese gran favor, sabes muy bien que soy un poco reservado, ya me conoces como soy”.

Le dije: “Si tío eso lo tengo presente”.

Los pájaros picaban los mangos y unos cuantos caían al suelo. El tío dijo: “Mira esos pájaros son los mejores maestros, ellos te enseñan a amar la naturaleza y te enseñan a valorar lo que hay”.

Yo le comenté: “Sí tío, así es”.

Él se puso muy cómodo en la silla de madera, se envolvió en su manta de tigre y dijo: “Sobrina ponga la silla a lado mío, para que esta conversación sea más fluida”.

De una obedecí y me puse a lado de él, sonrió un poco, se notaba bastante la edad, su rostro envejecido y su arrugado rostro demostraba que había pasado por

muchas experiencias, se le notaba el quebranto de salud. Saqué el cuaderno y la grabadora de mi mochila. Él dijo: “Sobrino como que viniste preparada, se nota que es muy estudiosa, igual a su tío”. El tío sonrió. Y le dije: “Claro tío como que eso es herencia de la familia Niño”. Él dijo: “Bueno, empecemos ya, ¿qué me vas a preguntar?”.

Yo le respondí: “Te voy hacer un sondeo, de lo que quiero saber, ¿cómo se lee la educación y cómo tú la lees?”

El Tío Alfredo dijo: “Sí, claro, me parece bien, dale pues. “Voy a tratar hacer lo mejor, si se escucha feo es natural mi voz”.

Sonrió de manera muy sarcástica, empecé con el diálogo, le dije que contará un poco sobre sus vivencias de infancia, de dónde era, cómo era su familia y cómo fue educado. Él tío se quedó un segundo en silencio y sus ojos se le llenaron de lágrimas, luego dijo: “Eso para contar algo de los principios, uno no tiene que estar recordándolo en todo momento, y no estar improvisando, estar contando cosas que no suceden o lo que ha sucedido o que no haya pasado, hoy por hoy toca ser muy concreto, y que tenga la transparencias lo que uno está diciendo o contando y no es una cosa, pasar por pasar el tiempo, o decir por decir para salir de paso, hoy por hoy lo que uno cuenta hay que hacerlo muy concreto, porque la juventud tanto hombres como mujeres, niños de un porvenir hay que saber la verdad y que digan la verdad, y toda una verdad porque si nosotros vamos con mentiras, con falsedades también una generación como que también se va deteriorando, se va acabando y así la historias, y un pasado se va volviendo algo de novela, y como algo de chiste que no tiene peso, no tiene fundamento, ni principio, ni una clase y lo que dice usted es cierto, que uno tiene que saber de dónde viene, quiere decir, tengo que saber de dónde vengo, quien era mi abuelo, mi bisabuelo, mi tatarabuelo hasta donde alcancé entender, y saber de dónde vienen y para uno saber dónde está, y para donde voy, los primeros pasos hay que tenerlo presentes”.

La entrada a la conversa del tío Alfredo me hizo pensar que nuestros ancestros tenían razón, recordé esas historias que contaba el Abuelo para que no olvidáramos nuestra esencia y origen, que desde el primer momento de la vida deberíamos cuestionarnos e indagarnos de dónde venimos, y el propósito de estar en el territorio y la importancia de saber quiénes eran en sí nuestros antepasados. En un momento, cuando lo escuché las relaciones con el otros, o con otros seres espirituales como centro de aprendizaje, reconocí que la cultura iku o indígena, antes que apareciera la primera luz, siempre ha tenido un estrecho vínculo con el entorno y con la naturaleza, hasta el detalle más diminuto del universo tiene un sentido valioso y único.

Mi tío llamó a una de sus nietas para que trajera dos cafés, y así continuar la conversación con buena energía, dijo, y continuó: “Es duro narrar mis vivencias y mis

procesos como persona indígena de acá, pero voy hacerlo confiando que mi sobrina está acá”. Él se secó las lágrimas con un pañuelo que tenía en la mano, tomó un poco de aire y dijo:

“Mis abuelos vivieron por acá en Nabusimake, mi abuelo se llamaba Antenor Niño y mi abuela Nolberta Izquierdo, mi padre se llamaba Próspero Niño, mi Madre María Concepción Suárez, ellos se educaron en la misión capuchina y duraron desde muy jóvenes internados durante 20 años en la misión con las monjas Terciarias Capuchinas. Los padres Capuchinos transmitieron sus principios morales y los valores espirituales, materiales y familiares, y ellos se casaron y salieron casados de allá de la misión, formalizaron su hogar aquí en Nabusimake, se hicieron muy responsable en la casa y nos aconsejaba a nosotros a Juan Miguel, el hermano mayor, Celso y Segundo José Camilo y yo Alfredo y la otra era María Concepción Niño Suarez, que la llamaban “Sirena”; ella se educó en la misión capuchina, a nosotros nos internaron en la misión, allá vivíamos los cuatro hermanos; pero desafortunadamente murió mi madre y entonces y lo que hizo mi padre un sacarnos del internado, y nos trajo aquí a la casa, porque viéndolo bien y pensándolo ahora lo que debería ser todo lo contrario dejarnos allá en el internado, y hubiera conseguido tal vez una madrastra para que nos ayudase un poco, pero él no quiso; él tenía un pensamiento muy diferente, lo que hizo fue... casualmente esa casa que está ahí (indicando fotos), sacarnos del internado y traernos aquí a la casa paterna de Prospero Niño, y entonces él nos trajo acá, y nos dijo que habíamos perdido a mamá y que él iba a representar la madre y padre a la vez, y que no iba a traer madrastra, sino que él mismo se iba a encargar de atendernos, así nos tuvo aquí, nos ponían a trabajar, nos enseñaba a leer y nos enseñaba algunas letras, él era muy lector, le gustaba estudiar mucho y leer mucho y era muy católico, oraba mucho aquí, nos repartía el trabajo; el mayor tenía que atender la cocina, lavarnos las ropas, cuidar los animales, las gallinas, los cerdos, los perros y a nosotros nos ponían a trabajar en la huerta que tu vez aquí, casualmente estoy aquí en la casa paterna viviendo donde nacimos y donde crecimos y aquí donde estoy, él tenía un trabajo muy asignado para nosotros, todas las mañanas a la seis de la mañana comenzaban labores.

El que le tocaba la cocina se quedaba haciendo el tinto, y haciendo el desayuno y a nosotros nos mandaban al río, a bañarnos temprano y a traer una piedra todo el día, porque él decía que debíamos hacer una casa de piedra; pero nosotros decíamos ¿cuándo va a hacer la casa de piedra? Y así que el sueño de él se cumplió, esa casa que ves ahí, esa casa de paja, esa es de pura piedra y él la mandó a hacer. Es bueno que le saque una foto, a esa casa le han cambiado dos veces la paja porque se ha deteriorado, las paredes son pura piedra) y en la mañana él nos daba algunas plantas, para que nosotros no nos enfermáramos, primero nos daba una planta que se llamaba Kurara y Kina, que era muy amarga, nos daba en un

chokorito (vaso de totumo), tomábamos eso y de eso nos daba el tinto, desayunábamos y todos a la huerta a trabajar, había mucha comida, no pasábamos hambre, y al que le tocaba la cocina le tocaba la casa, y tenía que lavarnos las ropas y todo el oficio que hacía mi madre le tocaba al hombre, y le tocaba un mes a mi hermano Juan Miguel, y después el segundo que era Celso, que le tocaba otro mes, y después Camilo, y así nos turnábamos para hacer los oficios, hacíamos la comida y nos turnábamos mensualmente y el que era un poco más fregón así era Celso, que no permitía que nadie se metiere en la cocina a velar, era muy rígido pero muy trabajador, muy bueno; los sábados y los domingos mi padre nos daba permiso para que fuéramos a caminar o a pasear. Recuerdo que cuando él venía de la huerta cogía un asiento y se ponía a leer libros y periódicos y después nos contaba en anoche lo que había leído y así sucesivamente”.

Al terminar su principal relato no quise seguir en esa conversa, porque su rostro se veía decaído. Le dije: “Tío estas bien?”.

Él solo me miro y se quedó un minuto de silencio, llamé a Osiris, la nieta de mi tío, le dije que mi tío estaba esperando el café, entendí su gran tristeza, como si algo de su vida lo hubiera afectado, él miraba al cielo y dijo: “Allá están mis padres en el firmamento viendo a su hijo hablar con su sobrina”.

Suspiró, tomó suficiente aire y se quitó la manta de tigre que tenía puesta, la puso en la cuerda de colgar ropa, se estiró un poco para quitarse esa tensión del cuerpo y dijo: “Ya vengo sobrina, voy a ver qué pasó con mi café”.

Se marchó para la cocina con pasos muy lentos.

La curiosidad de saber

Yo en ese momento, abrí mi cuaderno con las preguntas y me cuestioné: “¿Cuándo será que va hablar de lo que me interesa? De la educación indígena, quiero saberlo ya. Pero bueno, también me enseñaron tener paciencias, toca así”.

Guardé el primer apartado del diálogo del tío en el archivo de la grabadora. El cielo estaba muy despejado, el sol brillaba, y los cánticos de los pájaros me daban ánimo. Internamente me decía: “Tenga paciencia mujer, que así, a la ligera, no se puede”.

Saqué de mi mochila un librito viejo, el color de sus hojas estaba amarillo por los años. Leí algo que los mamus mayores decían, y aun lo dicen, en la actual reunión donde tuve el privilegio de ir y escuchar, muy legible estaba el fragmento subrayado en color rojo: “De esta manera, la educación o formación de la vida humana, ha sido el reflejo ante de la aparición de la luz de la humanidad”.

Me detuve en esa frase, al regresar el tío nuevamente me preguntó: “¿Qué lees sobrina?”.

Puse el libro en mi otra mano para recibir el café, ese café calientico no me hizo esperar, y le dije: “Tío si quiere te lo leo y luego me dirás como te ha parecido este fragmento”.

Al finalizar de leer, el tío respondió: “Claro, eso es lo mismo que están hablando los mamus hoy en ese encuentro, fíjate bien que mencionan mucho sobre la educación y todo viene conjuntamente, no se puede dividir la educación ancestral ente lo material y lo espiritual, viene de nuestras esencias, con nuestro ser, y lo que leíste hay mucha relación, lo que hablan los mamus es pura realidad, lo mismo que dice tu viejo librito”.

Luego le dije: “A propósito tío, ayer estuve allá y no me dejaron entrar, hasta soñé que había entrado contigo, bueno solo te cuento eso tío”.

Me respondió el Tío: “Bueno sobrina, tal vez tengamos que ir, así que vete preparando, yo te aviso”.

Sentí una felicidad en mi corazón, y que un rayito de luz entraba en mis entrañas. Sin dudarlo le respondí: “Yo estoy muy dispuesta tío, cuando tu digas”.

Tenía la duda de si continuar con el diálogo, lo veía muy sensible, su voz lo acusaba de estar agitado, aunque él no lo dijera. De todas formas, le dije: “¿Tío que día le sirve para continuar en esta conversación?”.

El tío se demoró en responderme, yo sentía que le hacía recordar el pasado en que tuvo un vínculo íntimo consigo mismo y también con gente cercanas, como su familias y allegados, quienes le produjeron sentimientos encontrados. En ese instante me sentí culpable porque le pregunté de vivencias muy fuertes. Él miró hacia el suelo ocultando su melancolía y me dijo: “Gracias sobrina por entenderme, eres muy inteligente en silencio te diste cuenta cómo me puse, es que me da mucha nostalgia, mejor vente otro día cuando esté bien y tenga la mejor disposición para dialogar”.

Le dije: “Tío tranquilo te entiendo perfectamente”.

El tío cogió la manta de tigre, era su abrigo preferido, se dirigió a su lugar de descanso. Yo tomé mi cuaderno, el librito y la grabadora, los guardé en la mochila, recogí el pocillo vacío donde me habían traído el café y me dirigí hacia la cocina, estaba mi prima preparando el almuerzo, y le dije: “Prima, por acá huele como a sopa de gallina, debo quedarme”.

La prima respondió: “Si quieres te quedas, la sopa está casi lista”.

Al percibir ese aroma a sopa de gallina criolla, reviví aquellos tiempos cuando mi abuela nos la preparaba, para que, como decía ella, esa sopita nos diera las energías para crecer fuerte y sanos. Pero aterricé a la realidad, me di cuenta que el cielo se estaba tornando en gris y le contesté: “Gracia prima, pero será para la próxima invitación, es que veo que las nubes están subiendo muy rápido, y el sol se está enfriando al parecer va a llover, a propósito, prima las sillas no la pude traer están bastante pesada”.

Ella comentó: “Prima Aty, tranquila, ahorita mando a mi hijo para que los traiga”.

Le dije: “Prima, ya me voy que estés bien”.

La prima respondió: “Ah bueno, que esté bien, saludo a tu madre”.

Durante el trayecto los truenos sonaban como si estuvieran de fiesta, el ambiente se sentía tenso, como si fuera a llegar el alimento. Me apresuré, quería llegar a tiempo a casa, me encontré a María, la vecina, que llevaba un plástico grande que lo protegía de las lluvias y me dijo: “Acá cabemos las dos, esa lluvia es espanta flojos, vengo bajando de la reunión de los mamos”.

Yo, muy sorprendida le dije: “Si yo fui allá y la señora Neybia no me dejó entrar, solo me dijo que era muy joven y además en ese lugar entra los pesado de la sierra”.

María contestó: “Hoy no estaba Neybia, estaba la hija Guneku, le llevé un presente a ella, y me dejó entrar sin problema. Anímate, sé que eso te sirve para tu trabajo de tesis”.

Le contesté con emoción al recordar que mi tío Alfredo quedó de invitarme a ese encuentro: “De hecho, estoy pensando, desde que me enteré que van hablar de educación, pero en estos días voy con mi tío Alfredo, me quedó de avisar, eso no me lo voy perder, vecina”.

“Bueno, eso espero” respondió mi vecina.

En esa conversación me puso en contexto de lo que estaba sucediendo en esas reuniones, hasta que llegué a casa. Le dije: “Bueno vecina, gracias por traerme hasta la puerta de la casa”.

Dijo ella: “Allá nos vemos, y si no puedes grabar yo me hago la tonta y grabo con gusto lo que dicen los mamus mayore, así quedamos”.

La vecina cogió rumbo para su casa y la lluvia estaba lavando las impurezas y las energías a la madre tierra.

Entré a mi refugio, al cálido hogar donde se sentía el amor de la familia. Saludé a mi madre, y a mis hermanos, en especial a mi hermano menor “el pechiche” en nuestro dialecto costeño.

Mi madre dijo, al ver mi rostro de felicidad: “¿Por qué traes, esa sonrisa de oreja a oreja, ¿qué te paso cuéntame?”.

Le dije con una alegría en el corazón: “No me pasó nada, solo que vengo medio cansada, pero feliz porque pude escuchar a mi tío y, bueno, de paso la vecina me trajo hasta la puerta, si no me hubiera mojado”.

Mi madre, intrigada, me preguntó: “¿Hija cómo te un con tu tío?”.

Le contesté: “Me fue bien, lo único es que me dio pena seguir en esa conversa, ya que lo vi muy nostálgico, hasta me dio gana de llorar y lo comprendí porque su época fue un poco compleja, lo dejamos para otro momento cuando él se sienta bien”.

Yo con el entusiasmo al cien, me dirigí a la sala donde tenía mi agenda, abrí las primeras páginas y le dije: “Madre mañana iré donde la señora Mendoza, ella ya sabe que mañana iré a su casa, sé que no habla nada de español, pero iré preparada con mi grabadora y mi cuaderno de apuntes, por eso no me preocupo, sé muy bien defenderme”.

Ya era muy tarde, después de un rato fui a curiosear a la cocina, mi madre estaba comiendo una sopita de pollo criollo, sentí el placer de comer con ella, cayó la tarde sin esperar los segundos de la existencia humana y ese frío nos obligaba a ponernos a rededor del fuego, y esperar que ese calorcito se esparciera por todo el cuerpo, como un manto dado por la madre Seynekun. Me dio por decirle: “Madre, será que sí logro hacer mi trabajo, es que se siento muy inquieta y por el

momento tengo muchas preguntas, pero veo que hay muchas en reservas en la gente, y más que todo cuando quiero hablar de la educación nuestra”.

Ella respondió con la paciencia y la humildad que lo caracteriza siempre: “Lo vas a lograr, solo enfócate en hacer las cosas bien Duzay y sepa llegarles a los ancianos, sonríeles un poco, bríndales confianza, tú puedes”.

Sentí emociones encontradas, mi madre me conocía muy bien, asumí esa noche que era capaz de lograr las cosas si me lo proponía. Apenas le dije: “Gracias madre, si mi padre estuviera vivo acá en este mundo terrenal me imagino que estuviera emocionado en verme hacer este trabajo”.

Mi madre respondió: “Sé cómo te sientes, pero él desde la otra dimensión te cuida mucho, y te da buenas ideas en esos proyectos que quieres hacer, así que no te ponga nostálgica, hija”.

Me abrazo muy fuertemente, el aroma de su vestido me hacía volar y retroceder a los años de infancia, cuando me cargaba en sus brazos en los momentos más difíciles, en ese acogimiento siempre me sentía segura y protegida.

Las emociones por aprender la historia

Me quedé pensando casi toda la noche, sobre todos los tipos de historias que me encontraría en el trascurso de la conversación, si podía buscar algunas respuestas a mis preguntas sobre la educación. Sin poder conciliar el sueño, sentía la noche eterna, se escuchaba el grillo cantar sus mejores melodías, como una banda sonora relajando el espíritu y el sonido del viento acariciar la casa, en esa preocupación me quedé profundamente dormida. Llegó la luz del día, el sol iluminaba al horizonte, muy temprano desperté con la expectativas de saber algo nuevo, mi madre ya estaba levantada, haciendo el café como el principal alimentos antes de la comida fuertes, ya tenía lista la makuruma (un presente), lo que le iba llevar a la señora Mendoza, rápidamente me prepararé algo ligero y comí, de una vez me organicé para salir, se notaba a simple vista que iba a ser un día maravilloso, de nuevo el cielo muy azul como el color del mar y los pájaros cantaban con alegrías, mi alma se sentía lleno de gozo y paz. Y dije: “Madre ya me voy, ¿qué le digo a la señora Mendoza?”.

Mi madre respondió: “Saludos a la señora Mendoza, que en cualquier momento iré a visitarla”.

Me cargué mi mochila, con mis materiales de las entrevistas, cogí la otra mochila donde llevaba la makuruma, me dirigí a San Francisco, la zona donde vive la señora Mendoza, tejiendo mi mochila como la costumbre de las mujeres Arhuacas, Caminé y me guie por un pequeño y estrecho puente, pero como toda una mujer

nativa de la sierra logró pasar sin temor alguno, así continué ese largo caminar. La cascada del río habla su propio lenguaje al correr las cristalinas aguas del nevado, me detuve un poco a descansar y tomar las mejores imágenes en mi celular. Y dije: “Esto va para la tesis, tengo una emoción inmensa por saber historias”.

Seguí en marcha hasta que llegué a un riachuelo cristalino, se notaba las plantitas acuáticas, verdes como en primavera, y vistosos colores las hacían aún más bellas, llenas de vida. Extendí mis brazos y tomé un poco de agua, sentía medio pesado la makuruma, continué el camino; subí por uno de los senderos pesados. Pero con alegría y entusiasmo porque al saber que la señora Mendoza me estaba esperando, busqué un lugarcito para descansar, mi corazón estaba muy agitado, aunque con la mayor y buena actitud de la vida. Llegaron a mi cabeza las diferentes lecciones que me enseñó mi abuelo el mamu José Romero Niño en su época, cuando asistió al encuentro de sabios y sabias de la sierra, saqué de nuevo el librito viejo que siempre cargaba en mi mochila y abrí por sorteo una de las páginas, como arte de magia fue el número 49, me coloqué las gafas para leer mejor, y el fragmento estaba resaltado con verde naturaleza, pensé que luego lo leería porque estaba muy cerca de la casa de Mendoza. Me levanté, me estiré un poco, tomé fuerzas de nuevo, continué, hasta que llegué al portón de madera; *entré* en el predio de la señora Mendoza. La fuerte brisa danzaba entorno mío, susurraba sin límite en mis oídos, me dirigí hacia donde estaba Dennis, la hija de la señora Mendoza, estaba secando una lana de ovejos que había acabado de lavar, y la saludé. Me dijo: “Buenas días sinamu (familias) como estás, por acá esperándola, mi madre está haciendo un corte de telas para un vestido que le encargaron, pero primero vamos a la cocina te voy brindar café kia nativo de acá y luego vamos a donde está ella”.

Hicimos exactamente ese recorrido, el sol estaba muy ardiente, tocaba cubrirse con el saco para que no afectaran tanto los rayos solares. Yo le pregunte: “Dennis casi que no llego, pero llegué que es lo más valioso”.

Dennis respondió: “Eso es lo importante, que llegó, tienes rojita la cara, el sol te quemó un poco al parecer”.

Le respondí: “Bueno acá entre paisanos, es natural tener tanta cercanía con el kaku bunkwakuwi (padre Sol)”.

Contesta ella, sirviendo el delicioso café, el aroma afirmaba lo rico de estaba: “Es verdad, tiene toda la razón Duzay”.

Sonrió, me sirvió el café, lo disfruté demasiado, me sentí fortalecida y con muchas ganas de vivir. Nos fuimos a donde la señora Mendoza. Dennis entró. Me quedé afuera esperándola, se sentía el ambiente tranquilo, se escuchaba el río correr y las corrientes parecían hablar entre ellas, los gansos peleaban entre ellos, el gallo

le cantaba agitado a las gallinas jóvenes y a las viejas, el pasto estaba verde, era como un paraíso que se percibía en paz, todos los árboles frutales estaban cargados y maduros, en buena hora para ser devorar sus frutos y los cerdos comían los mangos que caían al suelo, yo tenía ganas de coger uno, pero me daba pena. En ese momento Dennis me llamó y me hizo señas. Entré cuidadosamente y saludé a la señora Mendoza, ella me brindó una silla y me dijo: “¿Cómo estás sinamu? Como me ves, estoy acá cortando unas telas para un vestido que me encargaron”.

Le respondí: “Eso veo, señora Mendoza, que anda en sus oficios”.

Le entregué el presente, le di el recado de mi madre, dijo gracias con su mejor sonrisa en el rostro y se lo entregó a la hija Dennis para que lo guardara. Sus manos arrugaditas y su mirada tiernas me hacían sentir que estaba en el lugar correcto para conversar. Ella me dijo:

“Más bien vamos a otro lugar, donde siempre me gusta estar, para que hablemos con calma”.

Cogió su bastoncito y salió caminado muy lentamente. Luego me dijo: “Tal vez la vejes me afecta todo, para caminar me afecta aún más, y los huesos, a veces, no responden. Eso me preocupa, pero es normal, es parte de nuestra vejes como seres humanos, pero bueno, mi hija Dennis está muy atenta, ella me está ayudando en todo, uno ya vieja solo sirve para estar sentada y ya”.

Le respondí: “Pero descansar te hace bien, yo te admiro porque eres una mujer fuerte, sacaste a todos tu hijo adelante y sola, fuiste y eres una gran madre y eso es lo que cuenta, lo que vales como persona”.

Me contestó: “Claro Aty Duzay, así es, no me arrepiento de criar a todos mis hijos, y ver a mis nietos correr por la casa me hace muy feliz”.

Finalmente llegamos al espacio donde ella se sentía bien, puso uno de sus kakabu(banco o silla) a lado de ella y me invitó a sentarme. Llamó a su hija Dennis para que trajera una de las mochilas que estaba tejiendo, y el kunrkunu (Uso de hilar lana) y me dijo: “Bueno, aprovechemos para dialogar ya que está haciendo un buen sol, y no hay señal de lluvia”.

Sin dudarlo saqué mi cuaderno de apuntes y mi grabadora, y me dijo ella: “Me da miedo hablar con ese radio que tú tienes”.

Le respondí: “No es un radio, eso es una grabadora que la utilizo para grabar las conversaciones, no te asustes Mendoza; precisamente, mi tío Alfredo me dijo ayer, cuando fui hablar con él y me vio sacar la grabadora que tenía la voz fea”.

Ella respondió: “¿Eso dijo el compadre Alfredo? Seguro, porque uno ya anciano habla feo y le tiembla la voz hablando”.

Le comenté: “Téngale confianza, en este aparato ustedes hablan muy bonito”. Mientras tanto, Mendoza se acomodó bien en su kankabu y yo prendí la grabadora.

Me dijo: “Empecemos ya, tengo ganas de hablar, pero te aclaro una cosa Duzay, es por ser tú, te estoy colaborando, eso no lo comento con todo el mundo, porque algunos solo vienen a verme y me prometen cosas, se pierden, y luego desaparecen, me imagino que tú no eres como ellos”.

Le respondí: “No, para nada, yo no soy esa persona, así que tranquila sinamu”.

Puse la grabadora en modo encendido para grabar y le dije: “Bueno, vine con la finalidad de saber más de ti, sé que eres una persona de muchas experiencias de vida, tienes toda una historia por contar y tal vez muchos recuerdo de la infancia, es lo primero quiero saber, y que me cuentes de dónde eres, cómo fue tu crianza y cómo fue ese proceso en la época de la misión capuchina, ¿me podrías contar un poco de eso?”.

Mendoza en ese instante estaba buscando su mejor disposición y dijo: “Déjame cubrir los pies, me está quemando el sol”.

Cogió una cobija de lana, se lo puso en sus pies y expresó: “Te voy a contar lo que más me acuerdo, uno ya vieja se le olvida algunas cosas”.

Le dije: “Tranquila, cuéntame lo que más te acuerdes, no hay inconveniente”.

Empezó diciendo ella: “Bueno, mi padre era de Zipta, y mi madre era de acá, mejor dicho, mi abuela era de la nevada, pero ellos antes andaban, bajaban y se iban, después mi madre se juntó con mi padre, y bajaron acá a kotigaka (zona de vivencias) y después consiguieron tierra y comenzamos a vivir acá, desde pequeña y cuando ellos comenzaron a construir las casas yo era una niña, todavía medio recuerdo, pero decía mi abuela que antes de mi madre tenían otro hijo, que lo tenía en el valle (Valledupar) que se lo habían quitado, en el tiempo de los curas, cuando llegaron los curas por acá, entonces ellos ya iban quitando a los niños chiquitos, entonces que ya a ese niño se lo quitaron se lo llevaron a la misión, lo tuvieron por allá y después lo llevaron para el valle, y así a mi madre se lo iba a quitar pero mi abuela, se había huyó con mi madre por allá muy lejos, cogió unas gallinas y el gallo hasta lo envolvió y el picho lo envolvió con cabuya, y lo tenía por allá y así, que había escondido a mi madre, por eso no se lo quitaron. Decía ella, en ese tiempo, que ya daba miedo para tener el niño por ahí suelto, le tenían miedo al cura y así tenía los niños escondidos, y así bueno, después se había ido a la nevada con mi madre, tuvieron por allá y por Serankwa (otras tierras lejanas), después se creció, mi madre ya era toda una muchacha y por allá vivían, y después ella se consiguió un teti (compañero de vida) por allá, y vivían, pero teti se le murió y bajaron por acá visitado a la familia y como Priscila era hermana de mi

abuela, y entonces siempre mandaba a visitar a la tía y entonces estaba pendiente del tío, pues mi padre y mi madre después huyeron a donde la tía pa' arriba, ella tuvo que bajar ya que ellos se buscaron y ahí tocó que bajarse porque mi padre era de acá Nabusimake (zipta), según decían, que era de acá, pero se fueron huyendo para la nevada (por la misión), vivían allá y hasta que fue una muchacha así fue, después ya vivían acá y tuvo a mis hermanos, después me tuvo a mí, y después una hermanita, ya vivíamos por aquí y en ese tiempo vivía los curas, tenía esto encerrado y tenían ganado y, es decir, mi abuela tenía su ganadito. Pero cuando se bajaba acá, en ese tiempo era peligroso, los cura serían malos tal vez, o serían lo Gunamu (persona que cuidaba el terreno de los capuchinos) cuando lo dejaban de cuidandero, les cortaban las tamacas (huevo del toro) a los toretes porque eran kia (crías nativo de la sierra toros), porque ellos querían tener raza pura, y que no se fueran a propagarse esos kias (criollos) y así hacia entonces.

Aquel tiempo a Miguel Arroyo se lo había llevado el cura, ya él era casado en el valle y siempre venía a ver a su madre, es decir, mi abuela y después ya le puso la queja que siempre le pasaba eso de maltratar al ganado, que los curas siempre le hacían eso, y entonces él habló con los curas, esto tenía dueño, era un, porque cualquier terreno que cogían eran para ellos, y nadie podía meterse, ni los paisanos”.

Al terminar esta primera parte, pidió que le brindaran un vaso de agua, porque sentía la garganta seca, de nuevo prendí la grabadora para seguir en con el diálogo.

Prosiguió Mendoza: “Es bueno que tú como joven te des cuentas de que la cultura se ha desintegrado, los cura han hecho muchos daños, y el término educación se ha confundido totalmente, la educación es un todo, la naturaleza es una escuela de la vida, ahí está el principio y tal vez el fin también, bueno lo digo para que lo tengamos en cuenta Duzay”.

Mendoza continuó con su historia de vida, mencionó lo que significa una educación nativa y propia y explicó que con la entrada de las misiones capuchinas hubo una era de crisis, que si no se sometían a los reglamentos eran duramente castigados, también contó las experiencias que tuvo en la juventud y los tipos de saberes que ella conocía, pero bueno, con ella me demoré una hora dialogando hasta que se llegó la una de la tarde, sentí el día corto para la historia que quería saber, se notaba la riqueza de su conocimiento, su misma mirada lo reflejaba.

Siento un fresco aire de alegría

En ese momento ya sentí la necesidad de marcharme a casa. La señora Mendoza mandó a uno de sus nietos a la huerta para que llenara la mochila de frijoles kias, y se los llevara a mi madre, mientras tanto logré levantarme de kakabu y me estiré un poco, dejando que mis articulaciones se relajaran, ya se sentía el frío abrazando mi cuerpo, el cielo estaba totalmente nublado.

La señora Mendoza comentó: “Va a llover porque las nubes están subiendo al cielo”.

“Si señora Mendoza, eso parece, que va llover, y antes que caiga el aguacero bien fuerte me voy”, le dije.

El nieto de ella me entregó la mochila cargada, guardé los materiales de las entrevistas y me cargué al hombro la mochila repleta de frijoles frescos.

Le dije: “Bueno Mendoza, es un placer dialogar contigo, y gracias por darme la oportunidad de escucharte y aprender de sus experiencias”.

Me despedí de ella y me marché a casa, sentía un poco el peso de la mochila, tomé el impulso y continué el camino, más adelante sentí la necesidad de descansar; comencé a sentir un frío tremendo. El movimiento de los árboles entre sí producía mucho ruido, la corriente de aire hacía caer sus hojas, puse a un lado la mochila para relajarme del peso, saqué el librito viejo que siempre guardaba en mi mochila, al azar abrí una página y vi un fragmento resaltado con verde. Entonces medité un poco con el texto:

“El color verde significa naturaleza y eso me está dando una señal, haré caso a la intuición... la naturaleza era toda una escuela y una maestra de la vida, la familia nuclear recurría a ella, inclusive desde muy infante los niños y los jóvenes buscan allí ese equilibrio, el ayuno en cierto tiempo era importante, el diálogo con los sabios es la puerta de la sabiduría, es una consigna de toda la vida del mundo indígena Arhuaco, la naturaleza era un todo y se le asociaba a la madre, como una sabia, la que da vida, la madre protectoras de sus semillas, que ha sido un legado desde la antigüedad por esparcir esos conocimientos”. Al finalizar el fragmento. Dije: “Claro que sí, es lo mismo que me dijo la señora Mendoza, que la naturaleza es un todo para el ser humano y también el lugar del aprendizaje”.

De nuevo guardé el libro, me cargué la mochila y seguí el camino. Se escuchaban los relámpagos, sentí un abrigo de hielo sobre mí, agilicé el paso, eran casi las cuatro de la tarde, llegué a casa muy cansada y le entregué a mi madre las cosas que había enviado Mendoza.

Mi madre me preguntó: “¿Cómo me fue?”.

Le conté más o menos de la conservación que tuve con la señora Mendoza.

Ella respondió: “Esa señora sabe mucho y me alegra que te haya atendido”.

Le contesté: “Si madre, tú tenías mucha razón, te supe escuchar”.

A partir de ahí, de las diferentes conversaciones que obtuve con las dos personas mayores, y el diálogo con el mamo, quería indagar más en más detalles de los hechos históricos del pueblo a que pertenecía.

Mi madre dijo: “Leer la naturaleza y comprenderla es maravilloso, y es una escuela también, porque nuestros antepasados nos dejaron ese legado, pero con la entrada de los capuchinos en esa época pusieron la educación de una forma lineal o cuadrículada y así no es, la educación está en todas partes, en la vida misma. Con el mundo occidental se crearon escuelas y universidades en cuatros paredes como si el conocimiento estuviera encerrado en una celda, la educación tiene su historia, antes que apareciera la luz, ya en la oscuridad había una vida invisible, y Kaku serankwa lo expresó para que no nos olvidáramos de nuestras raíces”.

Esa intervención de mi madre me dejó aún más sorprendida, sabía que ella también tenía ese mar de conocimientos, pensé que de razón que es hija de mi Abuelo José Romero Niño. Me imagino que desde muy pequeña ha tenido ese conocimiento valioso, tomé notas y por mi lado comencé a armar relaciones, como haciendo una crítica de afuera hacia adentro, porque el mundo occidental cree que la educación es solo estar y exponer al otro en un salón. Tal vez nos transformamos sin darnos cuentas, pensé, o tal vez la colonia nos influyó mucho y nos debilitó terriblemente, lo más interesante es que pese a esa situación de debilidad, la mayor parte de la sabiduría se mantuvo en secreto, para que no nos castigaran, estuve durante muchos minutos haciendo esa lectura, como queriendo llegar al por qué de las cosas.

CAPITULO III

EL IMPACTO QUE GENERA SER EDUCADO

Tengo ciertas dudas

Bajo el efecto de los miles de interrogantes que tenía en mi cabeza fui a una biblioteca del colegio CIED de Nabusimake, con el fin de oxigenar mis dudas y busqué los libros que eran de mi interés. Cuando llegué a una equina de la biblioteca vi un librito dorado, se veía muy descastado por los años, tenía el borde cocido con lana roja, me quedé mirando el texto y en ese instante llegó el encargado, quien me dijo: “Eso no lo puedes tocar, déjalo quieto”.

Sentí que mi torrente sanguíneo se calentó mucho de la ira que sentía y le respondí: “Ese libro yo lo busco para mi tesis, además por qué lo ponen al público, pues eso significa que alguien sin problema puede tomarlo”.

Él muy alterado me respondió: “Tal vez al que se lo presté lo dejó ahí”.

Cogió el libro y se lo puso bajo su brazo. Luego me dijo: “Ya está guardado, y ya puedes salir de este lugar, señorita”.

Le respondí: “Es que sinceramente lo necesito, pues su portada dice cómo se lee la educación en la cultura arhuaca”.

Entonces me contestó: “Es que es el único libro que tenemos y contiene toda la información importante de territorio, tú lo que quieres es apropiarte de eso y cuando mencionas tu tesis me causa desconfianza”.

Yo le dije: “Bueno está bien, no voy a discutir contigo”.

Sali de la biblioteca desencantada de la situación, en ese instante traté de comprender la negación de prestarme ese libro, pero pensé que con las conversaciones con los mayores era más que suficiente; diálogos que cada día me dejaban más inquieta. Comencé a pensar mucho en la culpa que durante el dominio de los capuchinos se generó en quienes querían rescatar los valores propios, que ahí había sido donde nos rompieron las alas para mantener una cultura propia y una educación netamente propia, llegaron oleadas de cambios, todos muy traumáticos, pero también hubo algo positivo, hubo varios grupos de familias Arhuaca que se tuvieron que internar en la selvas ante la llegada de los capuchinos, para que no nos quitaran todos los conocimientos, y que, gracias a ello hasta hoy todavía se conservan y se cuidan, especialmente los que tenían que ver con ese acto de convivir con las plantas y escuchar los mensajes de los animales, escuchar el mensaje de las aguas, escuchar la naturaleza, leer el cuerpo, leer la luna, el sol o las estrellas.

Con esos interrogantes retorné a la ciudad de Bogotá. Pené que tal vez escuchar otras voces sería más nutritivo para analizar y ver las diferentes maneras de leer la realidad de las personas, cuando se trata de leer la educación. Eso tenía en mi mente cuando recurrí a una persona que no fuera indígena, sino un bunachi (persona no indígena). Así que le comenté a Luis Reyna la idea, con la intención de que me comentará como persona de ciudad y, desde su punto de vista, me contará su experiencia frente a la educación. Él me sugirió que fuera a su espacio de trabajo y que allí me atendía, se trataba del Planetario Distrital.

Una tarde maravillosa de Bogotá, y en medio de un intenso frío que me hacía aferrarme a mi abrigo, me dirigí al Planetario, al llegar Luis Reyna estaba esperándome en la entrada, lo saludé y nos dirigimos a la terraza, aún el sol se asomaba y se alcanzaban a ver la multitud de personas caminando a toda prisa, con los ruidos y los trancones típicos de la ciudad. Busqué una banca cómoda, Luis estaba vestido al estilo punk, con unos collares gruesos en su cuello, me dijo que eran artesanías elaboradas con gachos de cerveza, que de esa forma ayudaba al medio

ambiente, que los hacía junto con su mujer. Saqué la grabadora, alisté las preguntas que iba a tener en cuenta durante el dialogo, hasta que Luis dio señales de empezar.

Entonces, le dije: “Quisiera empezar en primera medida, preguntando cómo se llama y de dónde es, donde creció y cómo fue su educación”.

Puse la grabadora muy cerca, ya que el ruido de la gente interfería bastante. Luis comenzó su relato: “Buenas tardes Aty Duzay, mi nombre es Luis Reyna, actualmente de la licenciatura de ciencia sociales en la universidad La Gran Colombia, tengo 31 años. Cuando tú me preguntas por mi experiencia de vida, yo soy de acá de Bogotá, nacido en Bogotá, madre bogotana, padre de Cajicá (Cundinamarca) y eso hace que las expresiones sean como las del denominado rolo, he vivido toda mi vida al sur de la ciudad, e inicialmente cuando nazco en el barrio Claret en la localidad Rafael Uribe Uribe, en el centro sur de la ciudad. Y ahí, a los 7 años nos mudamos con mis padres, con mis padres católicos de origen religiosos y mi padre trabajaba como operario de una expresa llamada Ciudad Limpia, este momento él se encuentra pensionado, sacó adelante a una familia de tres hijos y yo soy el mayor de tres hermanos, todos como hombres, vivo en una familia en la que mis padres aún se conservan viviendo en familia, y yo vivo con ellos, vivo actualmente con mi madre, mi padre y hermano menor, soy padre de una niña de 11 años, no vivo con ella, la niña vive con su madre en el municipio de Soacha, pero inicialmente, digamos que por la tradición religiosa de mis padres, ingreso a los 9 años a la iglesia católica como acolito, y posteriormente, a los 12 años, me meto a un seminario de la iglesia católica, me retiro a los 13 años porque empecé a tener novias y dije: eso tampoco es por acá. Y seguí en la iglesia, pase ser sacristán, una figura importante en la iglesia católica, como la mano derecha del sacerdote y, es decir, desde muy pequeño he tenido una forma de educarme, de poder ser una persona que tengo una capacidad de liderazgo desde muy niño, a los 15 años me retiro de sacristanía en la iglesia”.

Durante esa primera presentación del dialogo, vi que su identidad está muy enraizada a su cultura y a sus tradiciones como persona occidental (bunachu), y esa lectura me hizo ver, que en este mundo hay variedades de costumbres. Recordé aquel apartado de ese viejo librito con que siempre andaba: estamos rodeados de muchas culturas, ideologías e interpretaciones totalmente distintas; precisamente, cuando el tío Alfredo decía, qué es todo eso lo que tú lees en ese libro, simplemente digo que es un cúmulo de notas que contrastan, según el espacio en el que esté. Parece algo normal, pero me dio por pensar, específicamente, en el fragmento que menciona muchos casos concretos, cómo puede llegar a creerse, por ejemplo, en los animales cuando eran personas, cuando eran iguales a nosotros, cuando los asumíamos como sentipensante.

En el mundo occidental normal cuesta entender, lo que decían los mamus en su diálogo, que lo que hacía semejantes a seres humanos y animales eran los roles o papeles asumidos. El tigre era un sacerdote indígena, uno de los más fuerte, y estaba dedicado a curar las diferentes enfermedades, sus vestiduras tenían amarrado un hilo de algodón, con el cual tenía la potestad de liderar, de sanar, y esa fue una de sus funciones particulares.

Cuentan los mamus que en la época en la que los animales eran humanos, nos dejaron como legado hacer un control natural y biológico a la unidad del mundo, es decir, que todo habría de estar en sintonía con la naturaleza y aunque en occidente no lo vea como una educación, el aprendizaje mayor viene la naturaleza, esta no es solo un medio para habitar o explotar. De la naturaleza surge la sabiduría de los mayores, quienes preservan el respeto de la comunidad hasta el día de hoy. Por ello, la sabiduría nos llega a manera de historia, una historia que surge de la experiencia.

Así que, al oír la historia de vida de Luis Reyna, me parecía inmediatamente, con sus primeras palabras, que el conocimiento era fragmentado, y a la vez, sus valores iniciales surgen a partir de otros roles, más vinculados con la utilidad, y la eficiencia. Pese, sin embargo, de que la cultura Arhuaca, en cierta medida, estuvo afectada por una educación impuestas por la misión capuchina para opacar nuestras prácticas propias y tradicionales, lo que ha constituido una lucha constante hasta la actualidad.

Contraste de culturas

La entrevistita me hacían ver y analizar la gran cantidad de conocimientos que hay en esta sociedad. Si pienso en el tío Alfredo, él fue educado de modo occidental, lo que hace diferencia con una educación netamente indígena, la influencia capuchina le llevó a una formación que no está muy ligada con la naturaleza, pero él mismo manifiesta que, a pesar de todo, ha tratado de rescatar los valores originales, y es un tema lo ha tenido presente siempre. Recuerdo que, en uno de aquellos días en la sierra, estando yo en Nabusimake, mi tío estaba más tranquilo, más sereno, se notaba más seguro de sí mismo y con más fuerza para seguir contando sus historias, sus ojos tenían un brillo especial.

Así que me dijo: “Sobrina, sobrina, ese primer día de la entrevista no me sentía bien, porque había soñado con personas de la familia que murieron y a mí, para no decir que no estoy disponible, me dio mucha pena, pero te respondí bien en esa primera entrevistas sobrina”.

Yo le contesté: “Bien tío, te entiendo perfectamente, no te preocupes por el suceso de ese día.

A lo que el tío anotó: “Ahora sí estoy dispuesto a hablar, pregúntame lo que quieras, pero antes de eso me podrías colaborar llevando estas dos sillas nuevamente bajo la sombra del árbol de mango, ya estoy viejo y no puedo con el peso, en cambio los jóvenes todavía tienen muchas energías.”.

“Si tío, ya te ayudo no te preocupes”, le dije.

Yo me sentía adolorida, porque había caminado mucho en los días anteriores y en ese momento tomé el impulso para llevar las sillas, mis brazos sentían el peso de la robusta madera, la cual parecía pulida por los ancestros. Llegué al lugar, ubiqué las sillas y el tío se sentó.

El tío comenzó a decir: “Es muy relajado acá, me gusta escuchar los pájaros y sentir la brisa, siento que la naturaleza me habla y me transmite las mejores energías, bueno sobrina empecemos, aprovéchame que estoy con ánimo hoy”.

Saqué mi grabadora, la encendí, me acomodé un poco para poner atención a la conversación y pregunté: “¿Tú cómo aprendiste a leer, y cuál fue tú cercanía con el mundo exterior (mundo no indígena), ya que tus padres fueron educados en la misión capuchina?”.

El respondió: “Yo conocí a Valledupar a los 20 años y a Bogotá me fui a los 23 o 24 años por ahí, aprobé en el instituto campesino de Boyacá, hice un curso de cuatro meses de formación campesina, y eso era dirigido por los curas, por los hermanos de la Salle. Allá duré 4 meses y salí como dirigente campesino e indígena después de eso, antes yo tenía la idea de ser un poco libre hasta de la misma familia, no libre del todo ni abandonar a la familia, solo un poco más independiente; sí, quería hacer mis cosas de un modo un poco más independiente. Y, bueno, sobrina, yo empecé a hacer mi casita, la casa donde vive ustedes, ahí fue mi primera casa, hice mi casita, no con el fin de casarme ni nada de eso, para estar solo, pero siempre pensando en mi familia.

...Cuando terminé la casa, y ya estaba prácticamente terminada, me llegó una beca por medio del padre que se llamaba Lorenzo, me recomendó, y yo me fui para Sutatenza Boyacá, allá estudié cuatro meses y después de eso regresé, duré un mes acá en la casa, acompañando a mi padre, a los seis meses me volvieron a llamar otra vez; porque me había ganado otra beca que era de cinco meses, y después de los cinco meses era para líder campesino indígena, porque allá enseñaban más que todo labores del campo; yo de cuidado no sé nada, y la cuestión era del cultivo para el sustento de la vida; es decir, uno se preparaba más que todo para el campo, eso tenía que ser más en lo social, lo político, lo cultural, los

espiritual y lo que era de la vida campesina e indígena, porque yo del urbano no se mucho.

...Yo aprobé el quinto de primaria de cinco años, entonces allá nos daba clase integral, educación campesina integral, sobre la promoción humana, los valores del campesino e indígena, todas esas cosas que uno veía que eran necesarias para las comunidades, nos enseñaron a jugar ajedrez y eso era diario que teníamos que jugar ajedrez, porque el ajedrez era un juego de ciencia que desarrolla la mente, y organiza la mente, según ellos, los capacitadores, ese juego tenía mucha estrategia para poder ganar y poder reclamar unos derechos, así aprendí a jugar el ajedrez, el fútbol, el vasque, el micro y era una educación integral que le enseñaba a uno, a cocinar, lavar y planchar, a bailar, eso le enseñaba a uno.

...También le enseñaban cómo se preparaba los abonos para las huertas caseras, cómo se hacía un gallinero, cómo se hacían las letrinas y sobre todo cosas del hogar en el campo; es decir, que le enseñaba ser de todo a uno y hasta cómo se extendía una cama, se barría, se trapeaba, todos los oficios caseros, es decir, de la vida cotidiana, yo aprobé mis cinco años en cinco meses y después en un mes me llamaron para que trabajara con Acción Cultural y Popular con Radio Sutatenza y me asignaron para Atanquez, pal Magdalena, y para la Guajira, a trabajar con campesinos e indígenas, negros y, entonces, teníamos unas cartillas y esas cartillas, que eran dirigidas por Radio Sutatenza, se componía de cinco apartados, de alfabeto, matemáticas, y unas cartillas básicas que se llamaba *leer y escribir*, y más que todo era para las personas adultas de 20 a 70 años, podían estudiar en su propia casa, allí teníamos que hacer llegar las cartillas de alfabetos, números, salud y agricultura. Lo que eran las cartillas básicas. Y también, promovíamos el periódico *El campesino*, casualmente tengo uno de recuerdo, y el periódico campesino le llegaba a todos los campesinos e indígenas, y ellos mandaban reportajes y promovíamos el deporte, el básquetbol, el fútbol y el micro, promovíamos Las Juntas de Acción Comunal para el trabajo comunitario, arreglos de caminos, arreglos de puentes, arreglo de escuelas; es decir, que uno adaptaba el programa de acuerdo a la necesidad de cada pueblo”.

En esa dinámica de preguntas que le hice al tío comprendí que tenía una manera de leer el mundo de manera diferente, bueno, en lo que es y no es indígena netamente, de la sierra, de las familias en la época de la misión Capuchina. Quizá, se aprendía a leer y escribir, algo muy cercano a la alfabetización en el método que formó a muchos colombianos, pero, ¿dónde quedaba la esencia del ser Arhuaco, el tener contacto con la naturaleza, el hablar con los árboles, con el sol(yui), con la luna (tima), con las estrellas(wirakoku) con los animales (ananuga), y esa misma pregunta se lo hice, con el fin de obtener un panorama más claro, a la señora Mendoza, en alguna de nuestras conversaciones.

Al respecto, ella manifestó: “No soy estudiada, pero esto fue lo que hice, pusieron a mi hermano allá en la misión y a mí me pusieron un año, como hoy dicen, de aprestamiento, en ese tiempo le decían kínder, tuve un año en la misión, y de ahí como era yo la que cuidaba a mi abuela, y como mi madre se iba, entonces yo estaba ahí, como yo era la que le hacía el café y cogía el agua, y ahí dándole, entonces, la abuela no quería que yo me fuera. Así que otra vez tuve que quedarme en la casa, y mi hermano Chema sí hizo hasta cuarto de primaria y después mi hermano estudió allá en la misión y estuvo allá y luego en el pueblito. En ese tiempo la señora Cecilia recibía las clases y estudió con ella, yo si no estudié mejor dicho nada, pero bueno, las hermanas capuchinas se portaban diferente, me querían mucho, y fue porque mi abuela que no quiso, que yo no estudiara por eso no seguí”.

Con esas entrevistas, se pudo notar que de una u otra manera se ve la gran influencia que tuvieron los capuchinos en el territorio Arhuaco, buscando la modalidad de educar para que olvidaran sus orígenes, lo que podría llegar a compararse con una especie de genocidio cultural, haciendo de la cultura indígena su enemigo, de nuevo recordaba esa infancia con dolor y, más aún, cuando el abuelo con lágrimas en el rostro recalca sus preocupaciones a la madre naturaleza, y mencionaba muy detalladamente los cuidados que deberían tener sus hermanos mayores, de conservar las tradiciones y mantener. Y lo más poderoso que vi fue a la abuela de la señora Mendoza que no quiso enviar a su nieta a la escuela, porque en realidad luego descubrí que lo que su abuela buscaba era el arraigo de la señora Mendoza a la cultura

Por su parte, escuchando a Luis Reyna en uno de sus diálogos, me pregunté si la educación acaso no es también el cambio radical que hace en un momento dado un grupo o una persona frente a la educación que se le ha impuesto por una u otra razón. Al respecto, Luis me comentó:

“A los 15 años rompí con un motón de cosas y hubo un cambio en mí, después de la filosofía y gracias a eso la adolescencia fue caótica, me empezó a gustar la rumba, siempre he sido parrandero, toda la vida me ha gustado la parranda, que no le gustaba mi padres, me gusta Adonay eso que le llaman tropical, y luego me empezó a gustar el punk, él es can, las músicas occidentales, pero también con una conciencia política muy marcada, con unas ideologías muy marcadas, y empecé a vestirme con este estilo, lo sigo haciendo y haciéndome punk, después de 17 años, sigo siéndolo y ese cambio que tuve en el aquel momento me permitió tomar medias y darme cuenta que el cambio era importante, pero entonces ese cambio fue alimentado principalmente por una situación particular, siempre en vía de la naturaleza mía, por eso comencé a caminar en la montaña. Me encontré con los huesos de perro en una cueva, que alguien los había llevado allí. Y yo decía,

pero cómo puede haber gente que está haciendo sacrilegios; comencé a ver cosas que no me parecían éticas, porque me educaron en una familia moralmente religiosa, y tengo mucho eso por supuesto, y lo conservo con mucho amor, y esos aprendices que me los han dado mis padres”.

Esa certeza de respuesta de Luis, me llevaba a pensar que hay diversidades culturales para leer este mundo, de acuerdo a las formas como fuimos educados. Ya eso que concebía frente a la educación como cambio radical o fragmentación en nuestra forma de aprender, tiene muchas connotaciones éticas, y utilizamos la educación que recibimos según el camino que queremos tomar en la vida y nuestra posición frente a la misma.

Recuerdos

Vi la necesidad continuar las entrevistas, haciendo una pregunta sobre nuestras vivencias como seres humanos, entre lo impuesto, lo propio y lo que buscamos como nuevo en nuestros proyectos vitales, sabiendo que hay una cadena de saberes que por generaciones va tomando forma y que de una u otra manera siempre nos acompaña.

De nuevo, con ese espíritu aventurero, me dispuse a recordar esos momentos significativos de volar y entregarme a la experiencia; al fin llegó la oportunidad de ir con el tío Alfredo al encuentro de los mayores, donde afortunadamente no tuve inconveniente, porque el tío estaba conmigo. Al entrar al espacio comprobé que tenía el mismo kunsamu que estaba escrito en mi viejo libro, y desde ahí comencé a leerlo más y a ver que nuestros ancestros tenían razón sobre el valor de la naturaleza, el lenguaje de las plantas; muy respetuosamente escuché las charlas de los mayores, que luego retomé en casa:

“Así, de la misma manera, miles de animales de distintas especies, cuando eran humanos, tenía diferentes funciones: cuidar, proteger, educar, marcar terrenos y ser guías de la humanidad. Su propósito fue cuidar la madre naturaleza y enseñar a la comunidad Arhuaca su rol de cuidadores y así esparcir la educación a todas la especie humana, empezando por amar lo que nos rodea, se dice que la naturaleza es como un diccionario y una biblioteca, es en ella donde se aprende la verdadera educación, donde se aprende a valorar las diversas especies, y es ahí donde se logra comprender el orden y el verdadero juicio que se debe tener en la sociedad, la formación humana no se puede dividir, desde que naces tiene una educación formada y lo potencializas a medida que vas caminando la vida”.

En el legado tradicional, una de las tareas que nos asignaron nuestros mayores, nuestros ancestros y, por su puesto la misma madre naturaleza, fue el cuidado por encima de todo, pero en el transcurso de los siglos y años otra cultura, la que se

intentó imponer, se abrogó el derecho del sometimiento y la obediencia a ciegas, mediante la instrucción y el castigo.

La señora Mendoza explicaba los sucesos del lugar donde vivía y vive actualmente, pues en la época de la misión Capuchina le quitaron el nombre original al lugar y ella comentaba: “El pozo se llamaba Kokomeyna, decía mi madre, abajo había una familia que comenzó a llamarla Francisco, entonces, cuando le compró esa tierra a Francisco, el cura, por eso es que le dicen San Francisco a este espacio. Antes, el terreno cuando no estaban los curas, le llamaban Kokomeyna por el pozo (juikumuma)”.

La compra del lugar llevó a que los nombres tradicionales se perdieran y la excusa de los curas que los bautizaron era que esos nombres eran paganos y marcaban la mala suerte de las personas, sin tener en cuenta, desde luego, que los indígenas era los dueños originarios de las tierras, ni mucho menos que culturalmente esos nombres provenían de la madre naturalezas, eran evocados por ella. Esa ha sido parte de la educación indígena, el respetar el lugar y hacer un trabajo espiritual para que la naturaleza esté en armonía con la humanidad y los seres vivos. El punto inicial de la educación indígena es el nombre, que es otorgado por otra dimensión, por la dimensión cósmica.

Continué escuchando emocionada a Luis Reyna hablando sobre sus experiencias de vida, como persona de ciudad, frente a la lectura de la naturaleza, colocándose el abrigo punquero por ese tremendo frío de Bogotá, el día que nos volvimos a ver las nubes estaban grises, la tarde muy opaca, la ciudad tenía un tinte de tristeza.

En algún momento de la conversación Luis dijo:

“Para mí también es importante ir a bañarme al río, me cuestiona esa forma de hacer las represas, la gente no va a visitar un pueblo sino a dañarlo. Yo viajo en bicicleta y lo sigo haciendo con dificultades, también ando en bici con otras personas, voy a caminar y a conocer la naturaleza, hay una montaña en Usme que tiene una piedra y que hoy está rallada, pelada y está super sucia, la gente sube, hace reguero y tira basura, es un lugar que se llama el Culo Kinkon, un espacio para lanzar cometas en agosto, todo eso me ha formado la persona que soy, con amor y amor entre los demás”.

Al prestar atención, entendí las otras magnitudes que ellos, las personas de la ciudad que en algún momento se vuelven sensibles al medio ambiente, buscan; es otra manera de entender el mundo y la naturaleza, a partir de qué manera fueron educados en esta sociedad tan caótica en la ciudad, y yo como indígena comprendí sus formas y tal vez el occidental (no indígena) aún no tiene la culpa de vivir lo poco de lo que la naturaleza le brindan, pero si puede volverse responsable

del cuidado desde sus propias condiciones. En una de esas charlas que escuche de los mayores, el mamu mencionaban:

“Vivir en la naturaleza es una potencia que no puede compararse con la educación sencillas ni la formación occidental, nosotros como especie de la naturaleza tenemos otras lecturas, otro modo de leer e interpretar el mundo, los antepasados siempre han manifestado que todos esos saberes y conocimientos deben ser dados a conocer de manera responsable, con respeto a la sociedad, con mucha conciencia, para que así nazca una sociedad con vida y esperanza”.

Se trataba de una especie de escuela de la existencia natural, ese viene siendo nuestro sendero para formarnos, como personas guardianas de la naturaleza, que está muy relacionado con el diálogo que vivencie con la señora Mendoza. Ella estaba sentada en su kankabu y dijo: “Soy iku puro, aún no he perdido las costumbres, mira y pon cuidado a lo te voy a decir, lo que todavía conservo como cultura, yo fui aprendiendo a través de mi madre y de la abuela sobre la fase de la luna, como primer ejemplo, lo que yo aprendí. Cuando la luna está acá, en su centro, hay que cortarse el cabello, y aunque uno tenga poquito cabello hay que mandárselo a cortar, eso a uno se lo van diciendo, así es para bajarle el volumen al cabello e igual forma y cuando se lo aumentan”.

Al escuchar esas palabras le pregunté en qué fase de la luna la creciente es que hace los cortes de cabellos. Ella respondió: “En la luna creciente y en la menguante, (cuando la luna está en el medio) para bajarle el volumen del cabello,

Me acordé de algo que normalmente se hace y le dije: e pregunté: “He visto que utilizan carbón después del corte del cabello”.

Y ella comentó: “Para que se le ponga negro como el carbón, todos los oficios tienen su ciencia, por ejemplo, como iku hay que tejer y hay que hilar la lana, inclusive eso es importante, pelear con el agua para recobrar las fuerzas en los brazos, músculos. No solo para que quede la mochila, sino que es nuestro ejercicio de fortaleza, No ha visto que ahora a algunos jóvenes le da flojera tejer y hasta madrugarse”.

Volví y le pregunté por otro tema, por aquello de los oficios: ¿“Mendoza, ¿cómo eran las prácticas del cultivo en las fases de la luna?”.

Ella emocionada se expresó con una gran sonrisa, diciendo: “Todo eso se hace con base en las fases de la luna, por ejemplo, el cultivo del guineo, dominico, se debe hacer cuando la luna creciente ya está a un punto centrado. Y cuando está la luna llena hay que sembrar ahuyama, eso sí, que no corra tanto sus raíces, lo mismo los tubérculos, la caña, y toda la comida es por la luna, uno se guía por eso”.

Nostalgias

Cuando volví a la casa del tío Alfredo, me dijo: “cómo te digo, mi ambiente es particular, pensaban que yo era una persona con doctrina cristiana, y no fue tanto así. Cuando se formaban los seminarista católicos, el conocimiento de los misioneros era de acuerdo al ambiente propio del indígena, y para eso era el Instituto Campesino e Indígenas, y yo estuve como líder campesino e indígena a nivel nacional, y entonces lo que pasó a mí fue muy favorable, cuando trabajé de coordinador aquí, porque adapté el conocimiento a lo que verdaderamente la comunidad necesitaba y también tenía que utilizar el lenguaje propio, y ese lenguaje propio era ir de acuerdo a los conocimientos, a los pensamientos, a las circunstancias, a los criterios, al pensar y a las necesidades de una comunidad, porque yo quería expresarlo en mi propio lenguaje, por eso si no lo adapto, estoy perdiendo mi tiempo. Ahí estuvo la clave para poder utilizar esa formación capuchina en favor de la cultura propia. No era fácil, pero se logró...

...Si yo hubiera sido una persona que no estaba adaptada acá, si no estuviera aquí en Nabusimake, sino estuviera en otra parte, no lo hubiera podido y me hubiera desprendido de la cultura. Pero mi formación y mi educación fue adaptada, por eso vivo sencillamente con todo el mundo, y eso fue en coordinación con los mamus y así fundamos escuelas y también busqué que ellos se apropiaran de mis cosas”.

En las diferentes situaciones vi que no solo yo estaba con esa preocupación de la cultura, automáticamente retrocedí a ese ambiente familiar donde mi madre, precisamente, ponía sobre la mesa esos tipos de reflexiones, esas costumbres que se estaban perdiendo. Pero al estar rodeados de mis tíos y el abuelo todo el tiempo, aprendimos desde muy pequeños a valorar todos los seres vivos sin excepción, y mi madre me decía, ahora te toca el turno de empoderarte, de cuidarte en esa sociedad y defender lo que nos representa la naturaleza. Recuerdo eso con cariño, esas palabras de aquella tarde sentada frente al fuego y tejiendo la última mochila del año. La educación es muy particular, pues los mensajes esenciales de la vida nos llegan así, simplemente, en un encuentro íntimo especial.

Cada vez sentí una relación muy particular entre el relato de mi tío y el de Luís Reyna, quien un día me dijo: “Hoy como ser humano, digo que soy un ser humano imperfecto, como te mencionaba, fui acólito, creí fielmente en Dios, lloraba, y las misas, yo en el momento de la entrega de la hostias sentía mucha emoción, parecía una acción verdadera, yo me sentía conectado con cristo, y hoy desisto creer que algo superior al ser humano halla, más allá de la Pachamama, y más allá de la Chiyuaya, como lo llaman los muisca y hablo mucho de los muisca, no soy muisca, habito este territorio hasta donde sé, no tengo descendencia, no tengo familias que está inscrito en una comunidad indígena muisca, pero, sin

embargo, he habitado su territorio. En medio de una lucha de diez años por terminar la carrera de Ciencias Sociales, cada año, por cuestiones monetarias, estudié en la universidad privada La Gran Colombia y siendo padre; primero ser padre que estudiar, lo tenía clarísimo; primero ser padre que la farra, y primero ser padre que conseguir compañera, y posterior a la madre de mi hija y ser padre me cambió la vida, y todo, sobre todo, para venir a enseñarle a mi hija que la basura va en un lugar y que el plástico en otro lugar y los residuos orgánicos en otro”.

A medida que escuchaba esa narrativa de Luis, sé que no tiene escapatoria por ser una persona de occidente. Lo define con su mirada, como lee su contexto, como concibe la educación, pero a la vez, su transformación, desde la que se va convirtiendo en otro ser, en otra persona. Esto me suscita lo que uno de los mamus más mayores dijo con contundencia mirando al público (los gunamus):

“Si le preguntaras a los hermanitos menores, seguramente no lo saben, y tal vez no sean consciente de ello, su formación ha sido rota y fracturada con heridas del pasados, se entiende que la cultura occidental viene con un estigma, mezclado por muchas problemáticas; también fueron gobernados, en este caso la colonización trajo una ideas de materialismo; este es el punto más difícil de abordar, esa idea de solo generar recursos humanos, y el yui (dinero) y tal vez ha venido de una familia que también ha sido colonizada; es en ese momento que la nueva generación va creciendo de forma diferente a lo que creemos, la sensibilidad por la naturaleza se pierde, no es fuerte. Ustedes y nosotros como hermanos mayores que somos, como hermanos de la naturaleza, estamos para cuidar y mantener la armonía, la existencia esencial, los ríos, los mares, la fauna, la flora, con el sol, con la luna, las estrellas, las nieves perpetuas, el frío, la noche, el día, el invierno, el silencio; y en paz, la verdadera paz con los animales, las aves, el cosmos y el infinito. Eso es lo que somos como indígenas Arhuacos. La tarea que tienen es cuidarla, siempre han de recordar, en cada momento, una pregunta fundamental: ¿Por qué existen? ¿Por qué será que permanecen?”.

CAPITULO IV

ASI VEO LAS PERSISTENCIAS

Sensible de aprender

Recuerdo ahora un día, cuando bajaba de la casa de la señora Mendoza, en ese sendero solitario sentí la necesidad de descansar un poco, de tomar aire puro, porque me sentía agitaba, el peso de la makuruma me tenía desesperada. Cerré mis ojos por un instante y percibí un aroma a rosa recién arrancada; de pronto, abrí los ojos y observé a las hormigas arrieras transportando su alimento por un senderito bastante pequeño al que seguí con la mirada, el cual confluía en un

arbusto de Ayuno (planta nativa) espeso; me levanté y me cargué la mochila, en silencio continué el camino. Comencé a darme cuenta que estaba contemplando con más detalles el entorno, me llegó una tormenta de preguntas y, entonces, pensé qué tal si esos animalitos vienen siendo nuestros maestros. ¿Qué tal si comenzamos a ver así la educación? Cuando estaba en plena charla con la señora Mendoza se me ocurrió comentarle el suceso

Ella me dijo: “Lo que tu viste no es casualidad, la naturaleza te está dando un mensaje claro, piensa en los proyectos que tienes pensados y en que se van a cumplir, es una bonita noticia Duzay. Estás comenzando a ser maestra. En realidad, los animales nos enseñan, nos orientan, esa es una nueva forma de ver la obediencia.

Y luego de probar su café me dijo: “A propósito Duzay, ahora que dices eso, me haces pensar en lo importante que es la naturaleza para el aprendizaje, ella es la escuela nuestra; los pájaros y también los biachunu, las” piedras sagradas”, los atinkunu o “sitios gradados” son los espacios de conocimiento, no simplemente cosas ni objetos. Porque el biachunu tiene figura, así que nos enseña cómo son las formas originarias. En ocasiones nos coge el anugwe (el espíritu) y al reato te enfermas y no sabes por qué. Ahí aprendes el poder. Pero ahora más bien lo rayan y uno como iku no debe hacer eso. Si hay atinkunu, con solo mirar, o si está parado el atinkunu y lo empujan, eso trae consecuencias en la vida. Pero la gente normal no lo sabe. Muchas veces los nietos no saben respetar eso, quizá porque no se lo hemos inculcado. De pronto, dicen que hay mala señal en la comunicación, con sus aparatos, pero un animalito como la imagzza y el kakusinu (ratoncito dorado), son los que advierten la verdadera mala señal y algunos pájaros anuncian la muerte, advierten que murió alguien. ¿Ves cómo es de elemental y profundo el conocimiento de la naturaleza? Son los maestros y nosotros sus alumnos. Uno ha escuchado decir, desde hace muchos años, ese sí es zikwaku, el de cola larga, el pájaro que anuncia que probablemente va a morir algún niño o va a morir un adulto, uno todavía aprende eso”.

En esa apreciación de la señora Mendoza vemos el modo como se comparte el saber en nuestros pueblos indígenas. Sentía que estaba muy cerca de una persona con una sabiduría tremenda y esa sensibilidad de aprender de frente a esa mujer sabia, me llevó a darle un abrazo, quise contagiarme más de sus conocimientos. Tal vez yo había escuchado parte de lo que dijo, pero otra cosa es pensarlo desde la perspectiva de la educación, como método de aprendizajes. Eso hacía que fuera absolutamente nueva para mí la experiencia.

Desde ese momento quedé con la inquietud de los animales como maestros que son de los humanos. Le pregunté al tío Alfredo al respecto en la siguiente visita y él me comentó muy sabiamente:

“Qué tan importante es saber de dónde uno viene y para dónde va. Eso te lo digo, porque es algo que nos preguntamos desde los inicios de la humanidad, siempre el juego de saberlo existió, desde los principios, y esa pregunta marca nuestra formación en la vida, es una pregunta que parte de la vida indígena. Ahí lo que te estoy diciendo es que primero la pregunta es ¿de dónde venimos? y luego ¿para dónde vamos? Ese el camino del conocimiento. Con esa pregunta surge la educación y nos lo enseña la misma naturaleza. Por ejemplo, la yegua le enseña a correr a su potro, ella es la que sabe primero y por eso le enseña, para que tenga fortaleza y pueda desarrollarse como especie. Así mismo, le enseña, digamos, sus trucos para que se defiendan. Pensemos en el león, en el tigre. ¿Cuándo nos preguntamos cómo es que ellos enseñan y aprenden? Les enseñan nada más ni nada menos a sus hijos a defenderse, esa es la primera lección. El golero enseña a sus crías a volar, ahí ya tienes otro método. Por eso la misma naturaleza es la escuela para los seres humanos, lo importante es que veamos que todo tiene un sentido y todo está íntimamente conectado con todos. Las personas ignorantes son las que no observan”.

Con esta última afirmación del tío Alfredo, me detuve en la idea de que, quizá por esa conexión de todo con todo, la educación es universal, porque la naturaleza es un todo, no se puede clasificar, ahí es donde la esencia del ser humano como iku, como indígena y nativo del territorio ancestral, somos un todo, y prácticamente se presenta en ese plano un paradigma con la vida fragmentada de la cultura occidental. Las palabras de los mamus son profundas y simples, cuando dicen que la esencia radica en la totalidad y que no solo se cuidan los animales, las plantas, ni los ríos, sino también las ideas o los valores, pues solo con la comprensión a fondo puede surgir la experiencia, que en este caso es la de aprender a cuidar, aprender a cuidar para poder disfrutar. Parecía que mi llegada aquí se convertía en un largo viaje lleno de conocimientos sin fin, cada partícula de mis descubrimientos, los más simples y complejos, aparecían sin ataduras, constataba ese otro tipo de saberes. En una nueva reunión un mamu hizo su intervención mirando al público, iluminado con una túnica blanca que radiaba como el sol y sus palabras resplandecientes salía de su gran voz:

“Si se hablara del respeto a la naturaleza y dijéramos que es la verdadera escuela, tal vez los occidentales pensarían que la población indígena está loca. Pero la naturaleza no cobra impuestos espirituales, porque el hermanito menor (persona blanca) no supo manejar esta sociedad, por eso los terremotos, las inundaciones, los desastres naturales, los maremotos, los temblores y el cambio climático, todo ello es un impuesto de la naturaleza, es un problema de la educación, simplemente por no aprender a cuidar. Ahí es de donde surge la pobreza, cuando no entendemos nuestro papel como humanos. Eso es lo que ha debilitado la cultura, la esencia del ser con la naturaleza, ahí surge la fragmentación. ¿Y qué pasa

cuando nos fracturamos? Pues surge la herida, una herida profunda como sociedad, surge el daño para la humanidad. Esto es un asunto espiritual, lo espiritual se rompe con el daño que hacemos a la naturaleza y que se reproduce en el trato con los otros seres humanos”.

Esto fue el motivo para rescatar aquel libro antiguo. Recuerdo ese día que mi padre estaba haciendo una limpieza general en su lugar de estudio y tenía en su estante muchos libros, y una mayor parte se lo regalaron como donación del colegio y la otra parte lo encontró votado en el basurero de la misión, que no era tan importante leerla porque no era importante instruirse en historia banales de la sierra, según esa misión. Al yo ver a mi papá clasificando los libros y prender una hoguera para deshacerse de una parte de los libros porque los ratones los estaban dañando, da la casualidad que vi ese libro y lancé la mano al fuego y la saque. Mi padre se quedó mirándome y me dijo: “Realmente eres necia. Agradece que no te quemaste, sal de acá, o si no vas a decir que todo sirve y no me vas a dejar hacer bien mi trabajo”.

Con una alegría en el alma solo vi la caratula y lo guardé debajo de mi almohada. En un día nublado, como que me cansé de tejer las mochilas, tomé una pausa, me dirigí al dormitorio y saqué el tal libro, salvado del fuego, abrí la primera página, me pareció interesante y desde aquel entonces lo andaba a todas partes como si fuera una parte de mi vida, como para recordar aquella historia que contaban los mamus. Al tener un diálogo con el señor Luis Reyna, le pregunté por su vínculo con el saber ancestral y él me respondió:

“Yo me empecé a empaparme de ello siendo un licenciado en ciencia sociales, me interesé un poco en la formas de los conocimiento que tiene las comunidades indígenas sobre el mundo, principalmente me he acercado a los muiscas de Sesquilé, Suba, Bosa, Soacha, Ciudad Bolívar y Usme, con quienes se puede compartir el honor de la palabras, y muy humildemente compartir la visión, con los códigos de la academia; pero, ante todo la manera como ellos han leído el cielo; me sorprendía que yo no sabía sobre lo que estaban diciendo, eso de que el sol y la luna no son Dioses, son abuelos. Me inquietaron las visiones religiosas que tiene los indígenas, porque no es que la religión consista en cristo o la virgen, pues estos dos personajes llegaron gracias al sincretismo y a la conquista, a todo ese proceso que hicieron acá en Colombia y en América. Ellos me dan un montón de consejos y también su sabiduría.

Ganas de volar

Aquella tarde de Bogotá frívola en que visité una vez más a Luís, se sentía una fuerte brisa, el cielo estaba muy tiznado, tenía esa carencia como si fuera llover, y

parecía que la madre naturaleza quería entonar la mejor danza entre las lluvias, en ese momento vi el espacio perfecto para teletransportarme a mi territorio, recordé ese ambiente familiar con mucho viento, ya que ha sido un significado valioso de la cultura Arhuaca. Recordé, entonces, el pasado encuentro con la señora Mendoza. Ella me brindó un delicioso café recién bajado del fogón de leña, su dulce rostro demostraba sus habilidades, se notaba que estaba por decirme cosas importantes, así que me dijo: “Tu acá aún estás aprendiendo Duzay y te voy a contar la historia de la piedra wiayina (Piedra León). Me encanta tus formas ser y sé que está interesada en aprender de nuestras historias, de cada elemento de la naturaleza”.

Mendoza sacó una mochila que estaba tejiendo y me la entregó para que le ayudara. Y luego comentó: “Acá abajo hay una piedra, es el padre del tigre, hay un wiachunu (piedra sagrada) en toda la huerta y antes, cuando casi no había gente, como la gente vivía retirada, siempre le llegaba el tigre, venía de pa’ abajo y ya en la tarde, hacia las tres, tocaba recoger los otros animales, porque si no el tigre se los comía. Todos los animales escuchaban al tigre mugiendo como un toro, y expresaban su miedo, yo todavía era una pelada(niña), se veía a ese tigre bajando por ahí y dirigirse a wiachunu, especialmente cuando estaba lloviendo, cuando el día estaba nublado. Pero como en aquel tiempo vivía el mamu, este mamu le hizo un trabajo tradicional y lo encerró espiritualmente en esa piedra, desde aquel momento ni más de la señal del tigre. Ahora, dicen, que está en tierra caliente. Recuerdo que cuando todavía era pelada, nos mandaban a echar los ganados y se escuchaba, así como mugiendo el toro, pero era el sonido del tigre, y uno se echaba a correr.

En verdad, ese wiachunu hacia así, como el toro; pero ahora, como estamos bastantes personas viviendo en el lugar de pronto se habrá amansado, igual que los pozos, porque acá abajo está el pazo kokomeyna, nadie se le podía acercar, formaba un remolino en el que se llevaba a las personas. Ahora está Manzo, con todo y el wiachunu y el wikumuma. El tema es que cuando se hace maldad espiritualmente allí se la cobran, por ello, ese río y esa piedra son sagrados, son historias reales, aunque la gente se pregunte que cómo es posible que una piedra tenga esa fuerza de convertirse en tigre; eso es kunsamu, Aty”.

Yo sentía esa necesidad de agradecerle ese gran acto de generosidad, de contar esas historias y que saliera de su esencia era lo máximo. Con una sonrisa dulce, ella dijo: “Durante esos recorridos de subir montañas, pasar las selvas, cruzar por el río Fundación e ir a visitar a los mayores, pensé en las diferentes situaciones de la vida, y vi de otra manera a la naturaleza, cada vez veía más cosas de su magia”. Eso mismo me generaba la gran dicha de escuchar esa voz del no indígena, teniendo en cuenta que esos diálogos eran el motor de mi investigación.

Luis Reyna con su estilo punquero y como persona feliz de la vida, en esa tarde Bogotana y fría como siempre, sentado en su banca marron, y con su abrigo puesto, me seguía contando más cosas. El brillo de esa charla se puso candente, Luis suspiro profundamente. Se levantó del sillón, y estirando el cuello, dijo:

“Las comunidades indígenas han encontrado las formas de ser sabios y encontrar las palabras perfectas o precisa, en un momento difícil de poder conectarse con la naturaleza y pedirle la sabiduría cómo manejar la situación. Descubrir eso me llevó a ser miembro del Equipo de Divulgación Científica del Planetario Distrital de Bogotá, me dedico principalmente a la astronomía cultural, y la arqueoastronomía, que son formas de la disciplina de las ciencias sociales, encargadas del conocimiento de las comunidades que han leído el cielo no occidental y conectar a quienes escuchan y a quienes se deciden hacerlo. No todas las personas están conectado conmigo, pero quienes se conectan han encontrado una forma interesante de entender que en un lugar como el Planetario de Bogotá, donde se supone que la ciencia es “dura”, hay cabidas para las lecturas del cielo de otras comunidades y esa lecturas, lo primero que se dice es que no son aisladas, sino que hacen parte de la cosmovisión o la cosmogonía de una comunidad, allí estamos conectando la sabiduría de la Pachamama, que por medio de ciertas comunidades han hechos cosas increíbles de la lecturas del cielo, que se convierten en un instrumento para conectar lo indígena con la sociedad, esa es la educación para mí”.

En esa conversación de él vi él logra ver que la lectura del cielo supone que la naturaleza está en todas partes y esa búsqueda coincide con los recorridos históricos que muchos han hechos desde el inicio de la humanidad, como se ha hecho visible en la comunidad indígena Arhuaco el surgimiento del conocimiento que los mamu en cada momento lo mencionan: lo primero es la búsqueda, como una tarea de cuidar y de salvaguardar la naturaleza como madre, procreadora de vida y maestra del ser humano. Así mismo, desde su experiencia como occidental, Luis plantea que la escuela y la universidad deben existir a partir del principio del respeto por la naturaleza. En ese sentido, la pedagogía es la creación de conciencia por parte de la sociedad. La educación es un tema ético, replicado desde la narración del origen.

Por parte, la señora Mendoza dice: “Te voy a contar sobre la responsabilidad que uno tiene como persona indígena, cuando era pequeña, decían cuando te desarrollas, “desarrollo de la mujer”, espera que llegue el desarrollo rojo hay que bañarse en una sola parte, en un sitio específico. Y eso sí, a las hijas, eso sí le hacían y como iku, hay que estar pendiente en eso, es parte de la educación indígena y si uno va teniendo hijas hay que tenerlo en cuenta. Cuando uno se desarrolla hay estar donde el mamu, para que el mamu lo bañe y hay que prepararse y hacerle las limpiezas respectivas. También cuando da a luz, y va a tener un bebé” ya uno

mancha la naturaleza, los árboles, los wiachunu, wikumuma, los morumgua, todo. Por eso, cuando uno está parida se llama wichamu (dolor), ya la naturaleza le tiene rabia, y hasta uno como persona, ya para hablarle ya es candela, por eso casi no le quieren escuchar hablando, por eso mismo, hay que prepararse para ir a donde el mamu y bautizar el niño, bañarse, hacerse limpieza y hacerle limpieza a toda la naturaleza y hasta todo, la luna, al sol, a las estrellas todos los que a te ven. Esa es la experiencia de purificación. Quien no haga esa limpieza le cobran espiritualmente, por eso le dicen, bueno hay hacer como iku, pero hay generaciones que se están olvidando, porque siguen una cultura ajena a nosotros, pero todavía estamos en eso. La educación, Aty, no son cuatro paredes”.

Las apreciaciones que me hizo reflexionar

Todas esas voces que tuve lugar de grabar en mi grabadora, fueron vitales para mi reencuentro conmigo misma como indígena y mi de territorio arhuaco. Sentía que, de esta manera tenía una herramienta para compartir con el mundo exterior que está más allá del propio territorio. Aunque el espacio escolar es muy importante y el aula, el diálogo se vuelve el centro de la educación, como si la conversación fuera una flor con posibilidades de ser trasplantada a muchos otros terrenos. Es esa, exactamente, la posibilidad de que en ciudades como Bogotá también la flor puede renacer. Como lo demuestra Luís:

“El primer acercamiento con los indígenas ocurrió en la universidad en el 2017, yo entré en el 2014 y entonces fuimos a una salida Sesquilé, en una materia que se llamaba ethnohistoria, visitamos la comunidad muisca, recorrimos la laguna de Guatavita teniendo como guía a un muisca de la comunidad, quien hace el recorrido. Nos contó un poco el tema y nos habló de la necesidad de respetar el espacio, y comprender que es un lugar sagrado. Él nos enseñó dos cosas que parecen sencillas, pero en realidad no conocía: la contemplación y la solemnidad para con la naturaleza. Ahí se establece la actitud hacia lo sagrado. Yo decía: ¿cómo así que Dioses? Lo que me llamó mucho la atención para subir a la maloca, fue el poso kuskuy, es el nombre que tiene el lugar, y es el templo, el lugar de los muisca. Sesquilé se llama kumuy y en el kumuy, me enteré, toca caminar casi un kilómetro de una parte cercana a la ciudad. Así que el mayor que nos acompañaba nos dice que de aquí en adelante, de la puerta en adelante.

...Lo que pasa es que yo caminaba esas montañas, muy niño, y siempre llevábamos un mofle o una grabadora, poníamos música. Sí, porque una chimba escuchar la música y a mí que me gustaba el punk, allá en la montaña, y el hecho de hacer ese recorrido en completo en silencio me hizo entender eso, y no necesité otro ruido para darme cuenta de lo importante que es el reconocimiento, porque en este caso, el conocimiento no surge inicialmente de la emisión de la palabra sino del silencio.

Cuando me despedí de Luis el día que me habló de Sesquilé, venía por la noche acompañada de una media luna. Recordé a mi abuelo sentado en un pequeño kankabu, masticando la hoja de coca, diciéndonos a los nietos que pusiéramos mucha atención. En especial recuerdo el día que nos contó, no sin advertirnos que abriéramos bien los oídos y los corazones (wabika), que una vez los árboles se reunieron para esconder a su jefe. Que un árbol que es muy corpulento y frondoso quiso ver a comisario para aconsejar a los demás árboles y sus comuneros sería todos los árboles que estaba en su sombra y sus alrededores; los pretendidos comuneros no estaban de acuerdo, pero quisieron tener las experiencias. En el gobierno de ese, que es caracolí, se observó que su espeso follaje les quitaba luz a los demás árboles y que por lo tanto crecían lánguidos y los llevó a que esto terminaran anhelando, ver el día en aquel árbol gobernador perdiera sus hojas.

El abuelo, hizo una pausa y dijo que ese día llegó, pero ocurrió que muy pronto el caracolí se cayó y con su cuerpo y sus ramas arrasó a todos sus comuneros, de modo que se acabó toda la comunidad. El caracolí que parecía eterno, al caerse dejó ver su corazón hueco.

La señora Mendoza dice que no hay que intentar decir en sí qué es la educación, porque la educación es todo. Solo mediante la educación se entiende lo que es la limpieza, se limpia, por decirlo así, al pecador, al que tiene enfermedad por su forma de habitar la tierra. Es un arreglo espiritual con la lluvia, con el sol y con la luna. Por eso mismo se va a bautizar el niño y bañarlo donde el mamu, que le limpie todo. La limpieza para nosotros es libertad. Ya puede pensar libremente, más parecido a la naturaleza, porque la naturaleza piensa, ese es el trasfondo de lo que se quiere decir con este relato. Es decir, educar significa pensamiento libre, conforme al pensamiento de la naturaleza. Eso que dijo la señora Mendoza resonó totalmente en mis oídos.

Esta dimensión pedagógica, educativa y cultural, fue la que trató de cambiar la misión capuchina. En realidad, lo que los capuchinos trataban de hacer con dichos elementos era llevarlos al campo abstracto, por un lado, donde la naturaleza es una idea de paraíso. Y, por otro lado, a un campo técnico: trabajar la tierra y la cría de animales. El territorio convertido en granja y espíritu en mente.

El tío Alfredo, por su parte, habla de la experiencia: “tengo que tener un conocimiento real de lo que está pensando la gente, de las necesidades, y sentarme con ellos, es decir, que ellos sientan lo que sienten y lo que estoy pensando lo están pensando ellos, y que ellos vean las cosas que yo estoy viendo, ese es el conocimiento, ese es el lenguaje de uno y llevar a la gente a la verdad de lo que pueden vivir”.

Rayo del sol

En esos días, cuando el rayo del sol alumbro mi rostro, entre sueños desperté. Inmediatamente recordé cuando estuve en la casa de la señora Neybia, cuando le conté el suceso al tío él lo tomó como una buena señal, y a los pocos días logramos ir y realmente fue sorprendente, estaba con los mamus, en sus charlas. Uno de esos mamus se quedó observándome, mi tío me dijo: “Anda y saluda y le dices que eres la nieta del mamo José Romero y sobrina de Alfredo”.

Yo muy obediente fui y el mamu me dijo en voz baja: “Tu tan joven qué haces acá y quién te trajo”.

Ese día me sentí como si me estuviera regañando, apenas le contesté: “Cómo estás, llegué con mi tío Alfredo”.

Y respondió el mamu: “Ah un tegwe

, Niño Tana, todo está bien, puedes estar, pero muy silenciosa, por favor”.

Me devolví a donde el tío, que estaba sentado en el suelo, los mantos reflejaban la sabiduría, resplandecía como el rayo del sol, en ese momento abrí bien los ojos y me di cuenta que estaba sonando algo dentro de mí, lo que me hizo pensar que el conocimiento que estaba replicando el mamu sería una herramienta útil para la sociedad, y cuando tuve la dicha de estar con el tío, me dijo:

“La verdad, sobrina, te veo muy inquieta, sé que estas cuestionada por las dos formas de crianza que tuve y hablando muy seriamente sentí que me cambió un poco esa perspectiva de ver la vida, es que la cultura capuchina fue una experiencia para mí complicada y hasta eso, al principio yo era muy reacio, y mi padre me sugirió que era mejor prepararme para la vida, pero que no olvidara de dónde venía. Es que de muy joven me veía una potencialidad de hacer las cosas, y tal vez el cura, de acuerdo de las capacidades, me permitió aprobar el quinto de primaria en Sutatenza, en la escuela Kennedy, pero cada seis meses venía aquí a ver a mi padre y cuando me mandaron para Córdoba-Montería para El Alto, san Jorge, por allá por Pijao, los Sinúes; cuando estaba por allá por San José de Urne, mi padre había muerto, no había medio de comunicación, no había celulares, no había cómo saberlo, por allá duré como tres meses y cuando supe de la muerte de mi padre fue a los dos meses, no lo creí, pensé que era una mentira, pero vine, y duré una semana y de ahí me volví a ir otra vez, pero gracias Dios que nunca me olvidaba de mi padre y lo que hice para corresponderle fue portarme bien, y qué mejor para darle gracias por la buena actitud, por mi crianza, y luego yo me retiré, duré doce años trabajando con Acción Cultural Popular y luego me retiré, vine a la casa donde vivía mi padre y aquí es donde estoy, donde estamos. Sé que mi educación fue diferente, pero al volver tenía los pies puestos sobre la tierra.

La manera como el Mamu se refería a la educación en la ceremonia, tenía que ver con la realización de las conductas prohibidas por la ley de Origen, que se asocia con fuerzas negativas del universo; estas fuerzas denominadas “Anugwe Gun-sinna”, en constante interacción con las fuerzas positivas, “Anugwe Duna”; la educación aquí tiene una connotación muy especial pues proporciona el equilibrio del universo, lo que guarda cada quien como ámbito de realización. Sin embargo, así cuando una persona realiza una conducta prohibida, debe ser sometida a la justicia, pero para armonizarse no para simplemente ser castigado. Además del resarcimiento del daño material que haya ocasionado, es primordial el alejamiento de la fuerza negativa que impulsa al individuo de violar la ley, que también es armonía. Esto se logra trabajando directamente sobre la dimensión espiritual, en la que el guía es el mamo. Cuando esto no pasa caemos en la desarmonización. Se rompe la unidad.

Capítulo V Epílogo

La inquietud pedagógica

Si este trabajo toma una relevancia pedagógica es porque al volver los relatos orales en textos escritos, emerge lo que llamamos la formación desde una perspectiva comparativa, en el adentro y en el afuera del territorio; porque nosotros como hermanos mayores, como nos denominan, se nos lleva a entender que la educación es un todo, incluyendo la naturaleza y todos lo que se componen la naturaleza somos sus semejantes, se nos dice que la educación es cuidar , proteger, compartir, servir, convivir y conservar todo lo que existen. De esa manera, en la cultura Arhuaca, la educación es completa, no fragmentada, y tiene un solo sentido. ¿Qué es lo que ocurre con lo foráneo? me pregunto al relatar la tensión entre lo indígena y lo misional, que se implanta una nueva visión al mismo tiempo del territorio y de lo cósmico o sagrado. Eliade anota:

“Todo espacio sagrado implica una irrupción de lo sagrado que tiene por efecto destacar un territorio del medio cósmico circundante y el de hacerlo cualitativamente diferente (Eliade, 2017, 20)”.

Y esta diferencia se introduce a través del relato. Si lo que hacemos al convertir lo oral a lo escrito, es dar una forma literaria a la palabra, es ahí donde la educación puede actuar. Lo pedagógico, concretamente, tiene que ver con las formas de aprendizaje en un relato. Y es la manera en que se involucran esos saberes ancestrales, los cuales hacen parte de una historia, de unas vivencias, la de los mayores, que es un punto donde situaron su vida y la compartieron de manera única. Educación y narración en el mundo indígena van juntas, conformando el acto de aprendizaje. En este caso, son ellos los protagonistas, de sus propios sucesos. Ahora vistos a la distancia, marcadas por el sometimiento a unos reglamentos de corte occidental. Esto mismo determina la metodología de una investigación como la aquí adelantamos, una labor que se define en el trabajo de campo mismo, en la conversación, en la escucha reflexiva que va advirtiendo poco a poco cómo dar forma a un escrito a partir de la oralidad.

Simplemente, y siguiendo lo que anota Juan José Hoyos, el testimonio es, en cierta medida, el camino metodológico que orienta esta investigación. Según Hoyos:

“En este caso, los sociólogos hallaron igualmente un procedimiento común que ha sido utilizado por años, de modo reflexivo y empírico, por los periodistas,

pero que además ha sido usado por diversas disciplinas de las ciencias sociales: el trabajo a partir de la historia oral y el testimonio” (Hoyos, 2003, 100).

Aquí, entonces, desde el punto de vista metodológico, y basados en el enfoque periodístico y etnográfico, afloran dos asuntos importantes. Por un lado, la pretensión de llevar lo que se recoge a nivel oral a una versión escrita, pero, por el otro, pese a que quien investiga es del territorio, se trata de entrar nuevamente en él, ya no como habitante, sino como investigadora, es decir, con la pretensión de generar un saber, a partir de la conversación. Las técnicas no pueden ser otras que la empatía, la sensibilidad, la apertura a la nueva información y el seguimiento a una pregunta constante. Como dice Hoyos:

“En el trabajo de campo, además de algunas técnicas introducidas por Malinowski, como el diario de campo, es especialmente importante la actitud del investigador que aplica las técnicas. Esta actitud podría resumirse en la necesidad de sumergirse sin prejuicios en la cultura de los otros con el fin de comprenderla y aprehenderla. Esto significa lograr una empatía, un saber situarse frente a los otros” (Hoyos, 2003, 100).

El texto que aquí presentamos se ha nutrido de esta ruta metodológica, de apuntes en una libreta o diario de campo, de una conversación continua con sus protagonistas en espacios de confianza y escucha, pero, ante todo, de una profunda empatía, que indiscutiblemente nace de un sentido compartido entre quien entrevista y quien es entrevistado. Aquí la observación y la memoria son las mejores aliadas.

*

El sentido educativo de la investigación

Puede decirse que las narrativas, contadas a nuevas generaciones, actúan como resistencia, como experiencias que contrastan con esos cambios trágicos de la cultura, como si al cabo del tiempo volvieran a tener trascendencia, convencidos de que sus saberes podrían subsistir hasta el día de hoy. De este modo, podemos comprender las palabras de tío Alfredo cuando el padre Friede le decía en medio de su homilía, “que las trayectorias de los capuchinos eran la misión del país” o que “tanto los Capuchinos de estas y otras regiones, como todas las comunidades misioneras del ese país de aquel entonces, han sido, no una, sino muchas veces, víctimas de ataques similares a estos y quizás peores, que estaban acostumbrados a pelear para olvidar y perdonar”. Se refería a unos ataques por ser misioneros, pero no tenía en cuenta que de lo que se trataba aquí era del apocamiento a una cultura nativa.

Ahora bien, me atravesaría decir que en las diferentes entrevistas que obtuve el problema educativo hoy ha de detenerse en las complejas experiencias de aquellas épocas que vivieron los mayores cuando eran jóvenes, pues allí fue donde emergió la fragmentación de la cultura, allí hay traumas que requieren ser comprendidos, no tanto como heridas abiertas sino como fuente de un aprendizaje de la resistencia. Y es por ello, que las nuevas generaciones, requieren estos nuevos relatos para asumir la esencia del ser Arhuacos en plena tensión con la historia y con los relatos de la misma, aunque también con cosas como el vestido, las construcciones de todo orden, las artesanías, el alimento, los conocimientos, en fin, con la conexión con el entorno, advirtiendo lo que Bruner nos dice frente a lo que las historias contienen dentro de ellas:

“Estas asimetrías entre el hacer y el comprender nos recuerda las habilidades de los niños al jugar al billar sin tener idea de las leyes matemáticas que lo gobierna, o también de los antiguos egipcios, que construían las pirámides cuando aún no poseían los conocimientos geométricos indispensables” (2003, p. 16).

El tema aquí es como, aquello que llamamos origen, si bien nos ofrece un sentido de unidad cultural, también nos señala un proceso de aprendizaje continuo desde la acción cotidiana. De lo contrario, la cultura sería estática. La diferencia con lo que llamamos el mundo occidental es que no se trata de modelos ni de normas, sino de búsqueda permanente de sentido. Digamos que, al tiempo que descubrimos y percibimos nuestro propio entorno hallamos el sentido de la creación.

Las resistencias

El mantenimiento del mito de la creación indígena Arhuaco, donde la oscuridad era principio de todo y las formas de hacer educación consistían en llevar ese legado de generación en generación, esparciendo conocimientos previos y entablando relaciones con la naturaleza y con los mayores, no fue algo sencillo, sino que implicó una respuesta asentada en la crueldad, llevando a parte de la población indígena Arhuaca a buscar el refugio en las montañas, para así lograr preservar la cultura. El saber se puso en juego tanto como la vida, en ese largo proceso de resistencia. Es lo que los mayores de la sierra, que han pasado por dicha experiencia, cuestionan sobre lo que tenemos y la forma como debería protegerse. Desde luego, este es uno de los mayores referentes de los ambientalistas que tienen la inquietud hoy de cuidar la naturaleza, como lo manifiesta Luis Reyna y otras personas que han sentido la necesidad de proteger la tierra y el territorio.

Puede decirse que el relato, desde su carácter de resistencia, traza un límite, es decir, que marca una línea entre lo que es y no es, lo verdadero y lo falso, y lo hace seleccionando versiones o sentidos del mundo. En este caso, las historias de la educación propia como identidades culturales. Pero, además, busca darlas a conocer desde una perspectiva comunitaria, no como una popularidad del conocimiento que se vuelve reglamentación o argumentación científica. En esto consiste la identidad del relato, en su diferenciación con otras formas de hablar o decir y en el efecto que se logra en quien escucha. A diferencia de otras situaciones, la huida de la cultura indígena a las montañas no supone una disolución de su cultura, ni mucho menos de su relato. Se trata de mantener lo propio a toda costa. Tenemos, precisamente, el relato de la señora Mendoza, quien tuvo que huir al ver a unos de sus hermanos, que se lo habían llevado a Valledupar, para educarlo según las Misiones capuchinas. Fue así como la madre de la señora Mendoza no lo pensó dos veces y emigraron a los lugares lejanos para conservar las tradiciones, aunque luego tuvieron que hacer un trato con los monjes Capuchinos; defendiendo el principio de que, por costumbre, las tierras, la naturaleza y el territorio pertenecían a la comunidad iku nativo de la sierra. A lo largo de las historias, siempre las personas mayores decían o comentaba la importancia del cuidado de la naturaleza como escuela y campo de vida humana. Podríamos pensar, en este caso, que resistir es mantener el sentido del origen.

Por lo tanto, son razones más que válidas para que nuestra cultura sea valorada y no vista como la que finaliza esta era, según algunas versiones. Vale la pena resaltar, que la tensión que se libra históricamente por la educación, desde el mundo indígena, no se centra en el ser humano. O mejor, no tiene al ser humano como centro, a tal punto que se asume que los animales fueron los primeros seres que existieron en la tierra, más exactamente, que el tigre era un mamó de mucho poder y el gato era el maestro del tigre, a quien le enseñó sus diferentes *kun-samus* (sabidurías); además, el armadillo era un maestro que le enseñaba al resto de los animales, que luego fueron los humanos, a quienes también les enseñaba las tácticas de las buenas peleas para defenderse del enemigo. Esto ha sido una tradición que desde la historia oral le han dado a conocer a la cultura de los indígenas Arhuacos en el territorio y ha sido una construcción constante en saber más y más de las historias, por eso una parte de la población tuvo que resistir, aun escapando, para preservar esas tradiciones y prácticas culturales. Esto demuestra, entre otras cosas, que el poder real proviene del mundo animal y necesariamente conlleva al respeto de las otras especies desde el propio relato original indígena.

Desde luego, que esto determina también un principio ético de la educación, que atraviesa desde lo colectivo hasta el ego individual, replanteando el hecho de que estamos por encima de los otros. Visto así, cuidar del medio ambiente y de la naturaleza no consiste en algo que hacemos de buena voluntad, sino en un

reconocimiento de que los seres humanos no somos los protagonistas del saber y del poder. Volvemos con ello a Bruner, puesto que todo esto se puede llegar a comprender y a compartir desde el relato y desde el potencial comunicativo que contiene:

Para efectuar esta magia, el principal instrumento de la literatura es el lenguaje: son sus traslados y los recursos con que traslada nuestra producción de sentido más allá de lo banal, al reino de los posibles. (2003, p. 24)

Lo que significa categóricamente, como principio de la creación del universo en el relato indígena, que hay que cuidar y dar la posibilidad de brillar, dándole esa *magia narrativa* a la vida, mostrando esa cultura con la identidad propia iku. Resistencia es, a lo largo del tiempo, rescate, y esa es una de los fundamentos pedagógicos en este trabajo. Dentro de ese rescate cultural, se podría decir que la educación no deja de ser un paradigma en el que se puede mostrar la fragmentación, pero leído desde la esencia original, por medio de principios éticos como el respeto a la naturaleza y a la vida comunitaria. La resistencia, en términos pedagógicos supone mantener ese hilo conductor de la cultura; a pesar de todo, como decía el tío Alfredo en sus intervenciones, lo foráneo está ahí presente y más que negación es un hecho histórico que requiere un procesamiento desde la iku, repensando cómo se ponen en práctica las tradiciones y los aprendizajes de la experiencia.

Relato y tradición

Sin que esta sea la categoría que se aborda en el presente trabajo, bien podría verse hoy la cultura como un expresión pluricultural, donde nosotros como cultura en muchos casos tenemos también imitaciones en medio de las dinámicas evangelizadoras o colonizadoras; pese a la resistencia, ya retomando las afirmaciones de Mendoza, en la actualidad los jóvenes no saben pelear con el agua en el río en la madrugada y no saben llevar una piedra pesada a la montaña en ayunas para recobrar fuerzas espirituales y tampoco *arrear* piedras del río para la construcción de las cercas para las huertas; todo ello, ha sido una pérdida del propio aprendizaje original; son las limitaciones, que surgen en el tránsito de la “civilización”. La resistencia, entonces, no supone un ejercicio de reconstrucción de lo “puro” original, sino una lucha por el sentido, en medio de la fragmentación, esto implica el rescate cultural. Es aquí donde pedagógicamente, tiene relevancia la relación entre relato y tradición, en el entendido que el lenguaje, tal como puede llegar a ser para el caso normativo o jurídico, establece los límites de lo que se cuenta. Dice Bruner:

“Existen, por lo que aparece, dos motivos para examinar de cerca de la narrativa e indagar qué es y cómo funciona. Uno es controlarla y esterilizar su efecto, donde la tradición crea procedimientos para mantener los relatos de las partes un juicio dentro del límites reconocibles, donde los estudiosos de jurisprudencias investigan las afinidades que tienen entre si indagatorias que constituyen una supuesta línea de procedentes (por ejemplo, cuales, son los límites de los relatos relacionados con el “delito de atracción”)” (2003, p.26).

Contrario a lo normativo occidental, la narrativa tradicional afirma la experiencia de los mayores, pero su límite no es algo que fija el comportamiento desde un deber ser reglado, sino que supone un acto pedagógico, es decir, un aprendizaje que solo se da en la experiencia. Un mayor no es el que juzga o define la totalidad de un hecho, sino el que ayuda a comprender y decantar el sentido del hecho. La pregunta, *¿qué es y cómo funciona en esas narrativas tradicionales la cultura?* lleva reflexionar sobre esas versiones donde las personas mayores al tener presente su historiad, dan significado a una experiencia. Hoy, cuando damos paso a la conversación desde esta investigación, puede decirse que esas personas libremente compartieron lo que les aconteció, sin sentirse, al menos en lo posible, obligados a plasmar sus vivencias a partir de un modelo narrativo. Es así, como podemos ver, cómo el tío Alfredo tiene sentimientos encontrados que dicen mucho sobre nuestro devenir cultural, fuera del juicio, pero investigativamente, identificando el límite del propio relato entre tradición y civilización. Es algo que nos devuelve a la importancia que tiene la escucha en la educación. Esa misma idea la puntualizó Mendoza y el señor Luis Rey, es decir, aduciendo lo difícil que resulta sentirse parte de la naturaleza, y a tono con ello, leer y comprender a partir de lo que nos ofrece la naturaleza como principio creador.

En cierto sentido, un relato tomado como fuente de la tradición, contiene el carácter de una fábula, donde se combina el misterio en la comprensión del hecho y el aprendizaje como sentido de lo relatado. Si atrás se planteaba el plano jurídico del lenguaje, eso mismo entra en conexión con los actos conflictivos. Y aquí la dimensión ética de los hechos también tiene un tratamiento particular, tal es el caso de la justicia propia, cuya base consiste precisamente en la enseñanza que dejan los antepasados. Digamos que la justicia es también narrativa, o puede llegar a darse de una “manera contada”. Obviamente, un individuo formado en la educación y en el ambiente cultural Arhuacos es conocedor de los comportamientos o conductas prohibidos, tiene conciencia de las transgresiones que ha realizado a la ley del Origen, que es la que cobra la mayor importancia en el relato de la tradición. En esa medida, puede conocer o, por lo menos intuir, las causas de un problema en el plano físico. Sin embargo, puede haber incurrido en infracciones a la ley de Origen inconscientemente o haber sufrido en el plano espiritual

afectaciones de desequilibrios no protagonizados por él mismo. En esos casos, solo el mamo podrá indagar y encontrar el motivo espiritual desencadenante del hecho material. Todo esto nos llega por un relato. En medio de esas narrativas se aprende el sentido que puede tener un comportamiento dado, más que un juicio, el relato implica una profunda comprensión en relación con el origen y, en consecuencia, con las causas cósmicas que motivan un comportamiento humano o no humano.

Por tanto, la educación es central en la formación humana, pues determina no solo la consecuencia de un hecho sino sus procedencias cósmicas. Todo es motivo de aprendizaje en la tradición indígena, y todo está relacionado con las fuerzas de la naturaleza, que están por encima de las fuerzas humanas. Ahí está el trasfondo de lo pedagógico. La naturaleza merece respeto, no en un ámbito meramente contemplativo, sino en el juego de las fuerzas espirituales que afectan nuestros proceder. Al volverse relato fabulado, la narración nos lleva a leer todos los tiempos, el pasado, el presente, pero también el futuro. Bruner expresa:

“Pues lo que intentemos corroborar no es simplemente quiénes y qué somos, sino quiénes y qué podríamos haber sido, dados los lazos que la memoria y la cultura nos imponen, lazos de lo que muchas veces no somos conscientes”. (2003, P.31)

Al decir que la educación es un eje fundamental en la vida cultural Arhuaca, el trabajo pedagógico desde la tradición, nos lleva al rescate de los saberes, donde memoria, biografía e historia están conectadas y nos llevan a preguntarnos por eso lazos que configuran lo que se ha hecho en llamar la esencia cultural. Desde esa perspectiva, el límite del relato, y esto tiene que ver con lo sagrado, supone que la educación de los animales es perfecta y nos enseñan a los seres humanos los fenómenos cósmicos; por medio de signos y anuncios nos dan los diferentes mensajes para prevenir o tener ciertos cuidados. Este solo planteamiento para lo sagrado occidental ya es pagano. Aquí el límite del relato toma la mayor relevancia.

En la educación tradicional, en el fondo, pese a la experiencia biográfica, esta creencia se trasmite de un modo natural, aunque no seamos del todo conscientes. En realidad, tomamos conciencia cuando algo nos ocurre y no le hallamos una explicación inmediata, cuando ocurre algo imprevisto. Esta cadena de hechos, de lo que le ha ocurrido al tío, a la abuela, al niño o la niña pequeña, nos llega por el relato, se convierte en una historia y, es lo que naturalmente se vuelve pedagógico. Al decir de Bruner:

“En primer lugar, sabemos que las narrativas en todas sus formas en unas dialécticas entre lo que se espera y lo que sucedió, para que

exista un relato hace falta que suceda algo imprevisto; de otro modo “no hay historia”. (2003, p.31)

Así como lo dice Jerome Bruner, la narrativa de las historias tiene que suceder para que sea contada, de lo contrario no hay historicidad. Concretamente, se aprende por las historias, y las historias existen porque son experiencias. Un ejemplo clave es la historia del mundo indígena Arhuaco y la creación del sol y la luna, han sido relatos que fueron esparcidos por nuestros antepasados, e inclusive hay evidencias que sí fueron hechos históricos, sus marcas están situadas en piedras sagradas y esos sucesos son narrativas indígenas que se van volviendo hechos contados, por ello la educación, analizada desde la creación, lo que contiene es un conjunto de claves de interpretación sobre hechos que hoy nos parecerían un mito vacío, si no fuera porque el relato cósmico le da sentido; todo un lenguaje simbólico que acontece en el experiencia de la cultura humana que se gesta en la sierra. Eliade afirma:

“Todo esto está por lo demás «escrito en clave» en los ritmos cósmicos: no hay sino descifrar lo que el Cosmos «dice» en sus múltiples modos de ser para comprender el misterio de la Vida” (Eliade, 2017, 65).

Por lo tanto, con estas narrativas y al escuchar a los mayores de la sierra y las palabras de Luis Reyna, pude sacar como conclusión, que nuestra cultura arhuaca ha tenido todas las herramientas plasmadas en la naturaleza y en el diario vivir, que desde que nacemos tenemos una historia por contar, y que toda esa riqueza cultural ha permanecido siempre ahí. Mi labor docente me llevaría a considerar la educación como uno de los elementos poderoso donde se puede reconocer el sentido de la vida personal y comunitaria. Pero no solo para los indígenas; Luis Reyna decía que cuando era chico desconocía el tema e inclusive ponía a todo volumen la música para subir una montaña porque sentía que era monótono y desconocía el lenguaje de la naturaleza. Ya grande, dice, “aprendí el valor de la vida cultural”, él le cogió aprecio a la naturaleza cuando tuvo la cercanía con la comunidad Muisca, haciendo una crítica a los que todavía desconocen la naturaleza, como, por ejemplo, las empresa nacionales e internacionales. Algo de suma importancia para las nuevas generaciones del territorio, del país y del mundo.

Sin embargo, devolviéndome a la época de la educación Capuchina, vemos los grandes efectos cuando una cultura es sometida en la esencia de su tradición; en nuestro caso, como aquellas historias de vida, donde se implanta otra dimensión sagrada, llevando a los niños al internado, afectando su identidad, borrando los relatos, colocando otras designaciones a las historias originales para que se perdiera la esencias, bautizando los lugares sagrados con el nombre de santos o de grandes terratenientes, como una marca y un límite de las versiones que buscaban devastar de tajo el sentido del origen; no es menor el hecho de que

a los animales netamente tradicionales los castraban para que no se produjeran crías nativas del territorio; y eso mismo sucedía con los humanos, que los obligaba casar con otros medios para garantizar la civilización, utilizando los conocidos castigos con que normalizaban el comportamiento e intentaban provocar una nueva historia o un nuevo porvenir cultural. Como indica Bruner:

“En ese sentido, los relatos son monedas corrientes de unas culturas. Porque la cultura es, en sentido figurado, la que crea e impone lo previsible”. (2003, p.32)

Tomado de esa manera, nosotros en realidad somos historias y eso, no solo a la cultura Arhuaca, nos constituye en esta sociedad. A parte de que cada historia tiene su sentido oculto, también parte de una experiencia individual o colectiva. De esta forma podemos comprender que la educación es un todo que se narra continuamente.

En esas historias que fui reflexionando a lo largo de las entrevistas y que de hecho propicié e interpreté desde mi propia experiencia, surge la pregunta por el intercambio generacional de saberes y de relatos que conducen necesariamente a un enfoque educativo, pues como decían el tío Alfredo y la señora Mendoza, quedan los consejos a los jóvenes que se preparan para buscar oportunidades y que, en ocasiones, dejan de lado lo que verdaderamente son nuestros modos de aprendizaje tradicionales. En efecto, la narrativa es lo que nos permite este encuentro con el pasado y con lo que está por venir, es lo que da norte a la vida comunitaria, a la dimensión cósmica, a la vuelta al origen en medio de la fragmentación que se ha dado a lo largo de las décadas y que se seguirá dando en los tiempos que están por venir. Terminamos diciendo con Bruner:

“Dudo que una vida colectiva semejante pudiera ser posible, si no fuera por la capacidad humana de organizar y comunicar la experiencia en formas narrativa” (2003, p.33).

En esas posibilidades narrativas, ¿cómo los jóvenes y las generaciones venideras pueden llegar a escuchar, como memoria viva, que fue Serankwa el padre originario y quien hizo el mundo y organizó los puntos cardinales, mucho antes de que el sol existiera? Él creaba con el aliento y con el soplo creó nueve mundos, hizo los hombres y “dejó grabada su imagen” en la piedra, como un retrato. Inmediatamente, el mito nombra los grupos que fue configurado: “las distintas clases de gente”. Por su parte, Bintukua, también en este orden, creó a los demás humanos. Eso explica por qué los ikus, llamaron civilizados a “sus hermanitos menores”; enseñaron a fabricar las casas, a hilar y a tejer. Y, desde luego, enseñaron a contar historias, que es el gran don de los humanos: la esencia de la educación.

Bibliografía

- LA FABRICA DE HISTORIAS (Derechos, Literatura, Vida) Jerónimo Bruner, (Año 2003) Editorial Fondo de cultura Económica, ciudad Buenos Aires.
- Lo Sagrado Y Lo Profano, Mircea Elide (año 2010) Universidad de Chicago.
- Los trabajos de la memoria, Elizabeth Jelin (año 2002) Universidad Tecnológica Nacional de la ciudad de Bueno Aires.
- Memoria -Concepto -Relato y experiencias, Juan José Hoyos (año 2003) Universidad de Antioquia. Fondo Editorial Facultad de Comunicación, Ciudad Medellín